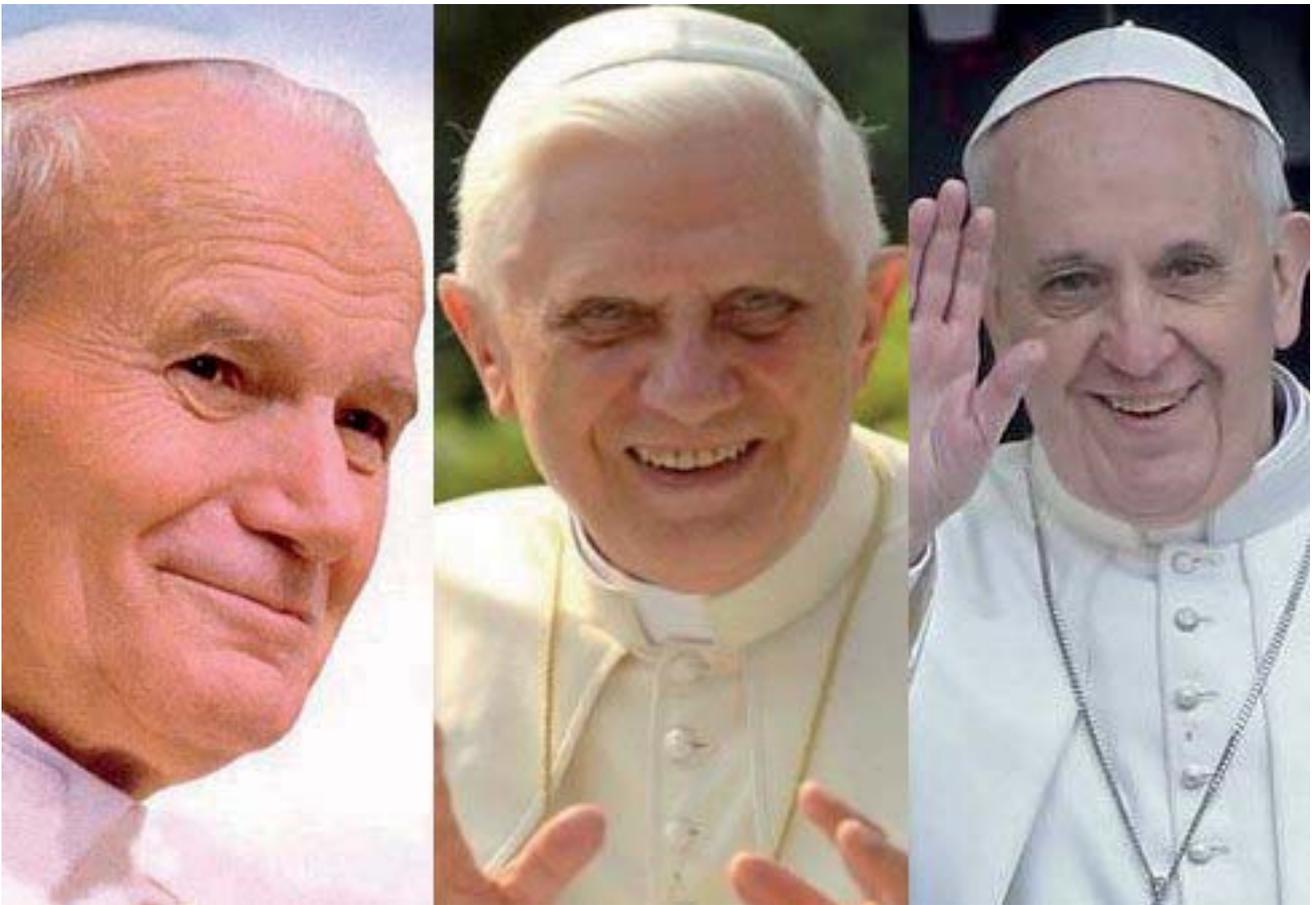


CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

LA IGLESIA PROCLAMA LA MISERICORDIA



«La misericordia divina llega a los hombres a través del Corazón de Cristo crucificado»

JUAN PABLO II: de la homilía de canonización de la beata María Faustina Kowalska, 30 de abril del 2000.

Sumario

Francisco, apóstol de la misericordia del Corazón de Jesús <i>Ibón Elósegui</i>	3
Benedicto XVI: la parábola del Padre misericordioso <i>Francesc M^a Manresa i Lamarca</i>	8
La devoción de san Juan Pablo II a la Divina Misericordia <i>Luis Tomás García Sánchez</i>	11
De lectura obligada para este año: «Dives in misericordia» <i>Antonio Prevosti Monclús</i>	14
Anuncio de la misericordia de Dios a la humanidad contemporánea <i>Francisco Canals Vidal</i>	18
La misericordia según santo Tomás <i>Lucas Pablo Prieto, HNSSC</i>	19
Congreso <i>Cor Iesu, Vultus misericordiae</i> Programa	23
Fray Juan de Molina y Entrena: la misericordia en la orden mercedaria <i>María Pilar Saura Pérez</i>	25
Antiguo Testamento: el arco iris, signo de la segunda alianza <i>Gerardo Manresa</i>	29
Nuevo Testamento: vocación de san Mateo (san Lucas 15, 30) <i>San Beda el Venerable</i>	30
Santuario de la Virgen de la Divina Misericordia de Savona (Italia) <i>Luis Cuesta</i>	31
Las Hermanas de la Cruz, reflejo de la misericordia del Padre <i>Mónica Pérez-Mosso</i>	33
Luisa de la Vallière, de amante del Rey Sol a penitente carmelita descalza <i>José Javier Echave-Sustaeta</i>	35
San Bernardo: sermón sobre el Cantar de los Cantares 61,3-5	38
San Pablo: la sobreabundante misericordia de Dios <i>Papa Francisco</i>	39
«Para que podamos quedarnos en nuestra querida tierra» <i>Jürgen Liminski (AIN)</i>	40

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig
Director: Antoni Prevosti Monclús
Redacción y administración
Duran i Bas, 9, 2^a
08002 Barcelona
Redacción: 93 317 47 33
e-mail: ramonorlandis@gmail.com
Administración: 93 317 47 33
revista.cristiandad@gmail.com
<http://www.orlandis.org>

Imprime: Campillo Nevado, SA – D.L.: B-15860-58

RAZÓN DEL NÚMERO

DURANTE los últimos pontificados ha habido una extraordinaria insistencia en las enseñanzas y actividades apostólicas en torno al misterio de la misericordia divina que constituye un verdadero «signo de los tiempos». Recordemos sólo los más sobresalientes: la encíclica *Dives in misericordia*, la institución de la fiesta litúrgica de la Divina Misericordia, el doctorado de santa Teresa del Niño Jesús y de la santa Faz, las reiteradas enseñanzas del magisterio de todos los últimos papas y finalmente, la actual convocatoria del Año Jubilar de la Misericordia.

Las palabras de san Pablo están hoy más que nunca presentes en la labor apostólica de la Iglesia. «Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia». Un mundo actual tan alejado de Dios parece que es ajeno a aquellas palabras del profeta Zacarías: «Mirarán al que traspasaron». Sin embargo, la Iglesia, al contemplar al hombre de hoy tan necesitado de redescubrir el amor de Dios, proclama que sólo si dirige su mirada al Corazón de su Hijo puesto al descubierto por la lanzada del soldado podrá reconocer la misericordia de Dios.

Las palabras de san Juan Pablo II nos lo recuerdan al afirmar en la encíclica *Dives in misericordia*: que el culto al Corazón de Jesús es el ejercicio más completo y profundo del misterio del amor misericordioso de Dios. Así lo ha reiterado también el actual papa Francisco: «El Corazón de Jesús es el símbolo por excelencia de la misericordia de Dios, representa el centro, la fuente de la que ha brotado la salvación para la humanidad.»

Como ocurre tantas veces las enseñanzas más necesarias y verdaderas pueden ser objeto de deformación y por ello es necesario acudir a los grandes doctores que iluminan con su doctrina el magisterio de la Iglesia. Con este propósito hemos creído conveniente hacer referencia en este número a la doctrina de santo Tomás sobre la misericordia, recordando que es tanto más necesaria cuanto mayor es el pecado y no sólo lo perdona sino que regenera a la vida de la gracia. Por ello las palabras de santo Tomás recordadas por el papa Francisco en la bula de convocatoria del Año Jubilar resultan tan centrales; «Es propio de Dios usar misericordia y especialmente en esto muestra su omnipotencia» y comenta el Papa: «Estas palabras muestran cuanto la misericordia divina no es en absoluto un signo de debilidad, sino más bien de la cualidad de la omnipotencia divina».

En las distintas secciones que con motivo del Año de la Misericordia puede encontrar el lector en cada uno de los números se pone de manifiesto cómo no solo la doctrina sino también la práctica de la misericordia ocupa un lugar central en la vida cristiana. Hemos querido subrayar en este número la práctica de las obras de misericordia llevada a cabo de forma tan admirable y ejemplar por una congregación religiosa femenina de no muy lejana fundación como son la Hermanas fundadas por santa Ángela de la Cruz. Su presencia y su labor por las calles de nuestras ciudades atendiendo a los más pobres y enfermos constituyen una muestra profundamente evangélica del amor misericordioso de Dios Padre.

Francisco, apóstol de la misericordia del Corazón de Jesús

IBÓN ELÓSEGUI

«Miserando atque eligendo»

Lo miró misericordiosamente y lo eligió», este es el lema que el papa Francisco eligió para su escudo episcopal y que ha querido mantener en su escudo pontificio¹. En estas breves palabras se encierra lo está siendo lo sustancial de su pontificado y, en especial, lo que el Papa desea para este Jubileo extraordinario de la Misericordia que ha convocado.

Ya desde su elección, el Papa Francisco nos mostró su modo propio cuando saliendo al balcón para su presentación a los fieles que esperaban en la Plaza de San Pedro, pidió a todos que rezaran y que rezaran por él. Esta petición es una muestra de lo que viene siendo una constante en todos sus discursos, la necesidad de elevar al Padre nuestras súplicas para que tenga misericordia de nosotros, misericordia de la cual el papa Francisco afir-



1. En la página web del Vaticano se puede encontrar la explicación de la razón de ser del lema del Papa: «El lema del Santo Padre Francisco procede de las homilías de san Beda el Venerable, sacerdote (Hom. 21; CCL 122, 149-151), quien, comentando el episodio evangélico de la vocación de san Mateo, escribe: «*Vidit ergo Iesus publicanum et quia miserando atque eligendo vidit, ait illi Sequere me* (vio Jesús a un publicano, y como le miró con sentimiento de amor y le eligió, le dijo: Sígueme)».

Esta homilía es un homenaje a la misericordia divina y se reproduce en la Liturgia de las Horas de la fiesta de san Mateo. Reviste un significado particular en la vida y en el itinerario espiritual del Papa. En efecto, en la fiesta de san Mateo del año 1953, el joven Jorge Bergoglio experimentó, a la edad de 17 años, de un modo del todo particular, la presencia amorosa de Dios en su vida. Después de una confesión, sintió su corazón tocado y advirtió la llegada de la misericordia de Dios, que, con mirada de tierno amor, le llamaba a la vida religiosa a ejemplo de san Ignacio de Loyola.

Una vez elegido obispo, monseñor Bergoglio, en recuerdo de tal acontecimiento, que marcó los inicios de su total consagración a Dios en su Iglesia, decidió elegir, como lema y programa de vida, la expresión de san Beda *miserando atque eligendo*, que también ha querido reproducir en su escudo pontificio.

ma: «En mi vida personal, he visto muchas veces el rostro misericordioso de Dios, su paciencia»². De esta manera se expresaba en la homilía de toma de posesión de la Cátedra como Obispo de Roma (que

providencialmente coincidió con el II domingo de Pascua, dedicado a la Divina Misericordia), en la que la tomo la misericordia como hilo conductor: «Es precisamente en las heridas de Jesús, que nosotros estamos seguros, ahí se manifiesta el amor inmenso de su Corazón. Tomás lo había entendido. San Bernardo se pregunta: ¿en qué puede poner mi confianza? ¿en mis méritos? Pero “mi único mérito es la misericordia de Dios. No seré pobre en méritos, mientras él no lo sea en misericordia. Y, porque la misericordia del Señor es mucha, muchos son también mis méritos”.

Esto es importante: la valentía de confiarme a la misericordia de Jesús, de confiar en su paciencia, de refugiarme en las heridas de su amor»³.

Este artículo, lejos de pretender hacer una síntesis del magisterio del santo Padre sobre la misericordia, pretende entresacar, entre sus muchas intervenciones, algunos textos en los que el Papa va desgranando en qué consiste la misericordia y la necesidad que el hombre actual tiene de ella.

Frente a la apostasía de la sociedad, la misericordia de Dios

COMENZANDO por esta última parte, es notorio, a nada que se tengo un espíritu crítico y una percepción de la realidad que nos rodea, que la humanidad, especialmente en sus estructuras sociales ha renegado de Dios⁴. De esta realidad es muy

2. FRANCISCO, Homilía de toma de posesión de la Cátedra del Obispo de Roma, II Domingo de Pascua o de la Divina Misericordia, 7 de abril de 2013.

3. Íbid.

4. Siempre conviene recordar la manera tan luminosa en la que el papa Pío XI explicó en la encíclica *Quas primas* el proceso de apostasía que se había dado espe-

consciente el Papa y sus condenas al respecto están en perfecta continuidad con el magisterio anterior: «La indiferencia ante Dios supera la esfera íntima y espiritual de cada persona y alcanza a la esfera pública y social». Como afirmaba Benedicto XVI, «existe un vínculo íntimo entre la glorificación de Dios y la paz de los hombres sobre la tierra». En efecto, «sin una apertura a la trascendencia, el hombre cae fácilmente presa del relativismo, resultándole difícil actuar de acuerdo con la justicia y trabajar por la paz. El olvido y la negación de Dios, que llevan al hombre a no reconocer alguna norma por encima de sí y a tomar solamente a sí mismo como norma, han producido crueldad y violencia sin medida»⁵.

Ahora bien, frente a este mal evidente que se extiende por toda la sociedad actual, ¿cuál es la postura a adoptar? La justicia o la misericordia. En este

cialmente en los países occidentales: «Se comenzó por negar el imperio de Cristo sobre todas las gentes; se negó a la Iglesia el derecho, fundado en el derecho del mismo Cristo, de enseñar al género humano, esto es, de dar leyes y de dirigir los pueblos para conducirlos a la eterna felicidad. Después, poco a poco, la religión cristiana fue igualada con las demás religiones falsas y rebajada indecorosamente al nivel de éstas. Se la sometió luego al poder civil y a la arbitraria permisión de los gobernantes y magistrados. Y se avanzó más: hubo algunos de éstos que imaginaron sustituir la religión de Cristo con cierta religión natural, con ciertos sentimientos puramente humanos. No faltaron estados que creyeron poder pasarse sin Dios, y pusieron su religión en la impiedad y en el desprecio de Dios». (n. 23)

5. FRANCISCO, Mensaje para la celebración de la XLIX Jornada Mundial de la Paz 2016

punto el santo Padre hace una distinción clara entre aquellos que siendo cristianos se amoldan al mundo y aquellos que están alejados de la Iglesia. Frente a los primeros es muy crítico y lleva a cabo una constante condena a la mundanización a la que somos tentados en nuestro día a día: «En efecto, nosotros cristianos vivimos en el mundo, plenamente incorporados en la realidad social y cultural de nuestro tiempo, y es justo que sea así; pero esto comporta el riesgo de convertirnos en “mundanos”, el riesgo de que “la sal pierda el sabor”, como diría Jesús (cf. Mt 5, 13), es decir, que el cristiano se “agüe”, pierda la carga de novedad que le viene del Señor y del Espíritu Santo. En cambio, tendría que ser al contrario: cuando en los cristianos permanece viva la fuerza del Evangelio, ella puede transformar “los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida” (Pablo VI, Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi*, 19). Es triste encontrar cristianos “aguados”, que se parecen al vino diluido, y no se sabe si son cristianos o mundanos, como el vino diluido no se sabe si es vino o agua. Es triste esto. Es triste encontrar cristianos que ya no son la sal de la tierra, y sabemos que cuando la sal pierde su sabor ya no sirve para nada. Su sal perdió el sabor porque se entregaron al espíritu del mundo, es decir, se convirtieron en mundanos»⁶.

Respecto a los alejados de la Iglesia, como de aquellos que nunca han oído hablar del amor de Dios, el Papa implora al Señor su misericordia siguiendo

6. FRANCISCO, Ángelus, 31 de agosto de 2014

El Corazón de Jesús: señal y prenda de misericordia

Jesucristo expresamente y en repetidas ocasiones mostró su Corazón como el símbolo más apto para estimular a los hombres al conocimiento y estima de su amor; y al mismo tiempo lo constituyó como señal y prenda de su misericordia y de su gracia para las necesidades espirituales de la Iglesia en los tiempos modernos.

Pío XII: *Haurietis aquas*, 26 (15-5-1956)

la doctrina de santo Tomás⁷: «Estamos viviendo el tiempo de la misericordia. Este es el tiempo de la misericordia. Hay tanta necesidad de misericordia, y es importante que los fieles laicos la vivan y la lleven a los diversos ambientes sociales»⁸, pues «la justicia por sí misma no basta, y la experiencia enseña que apelando solamente a ella se corre el riesgo de destruirla. Por esto Dios va más allá de la justicia con la misericordia y el perdón»⁹.

Una nueva etapa en la evangelización de la humanidad

CON este idea de fondo Francisco nos invoca en este Jubileo a «una nueva etapa en la evangelización de siempre»¹⁰, en la que la «la Iglesia sentía la responsabilidad de ser en el mundo signo vivo del amor del Padre». «Nueva etapa» que se remonta al espíritu que tanto san Juan XXIII como el beato Pablo VI marcaron en el Concilio Vaticano II (1962-1965).

«Vuelven a la mente las palabras cargadas de significado que san Juan XXIII pronunció en la apertura del Concilio para indicar el camino a seguir: “En nuestro tiempo, la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia y no empuñar las armas de la severidad ... La Iglesia católica, al elevar por medio de este Concilio Ecuménico la antorcha de la verdad católica, quiere mostrarse madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y de bondad para con los hijos separados de ella”»¹¹. En el mismo horizonte se colocaba también el beato Pablo VI quien, en la Conclusión del Concilio, se expresaba de esta manera¹²: «Queremos más bien notar cómo la religión de nuestro Concilio ha sido principalmente la caridad... La antigua historia del samaritano ha sido la pauta de la espiritualidad del Concilio... Una corriente de afecto y admiración

7. «En sí misma la misericordia es la más grande de las virtudes, ya que a ella pertenece volcarse en otros y, más aún, socorrer sus deficiencias. Esto es peculiar del superior, y por eso se tiene como propio de Dios tener misericordia, en la cual resplandece su omnipotencia de modo máximo», exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, n.37

8. FRANCISCO, anuncio del año jubilar extraordinario, 13 de marzo de 2015.

9. FRANCISCO, bula de convocatoria del Jubileo Extraordinario de la Misericordia *Misericordiae vultus*, 11 de abril de 2015, n.21.

10. FRANCISCO, *Misericordiae vultus*, n. 4.

11. Discurso de apertura del Conc. Ecum. Vat. II, *Gaudet Mater Ecclesia*, 11 de octubre de 1962, 2-3.

12. Alocución en la última sesión pública, 7 de diciembre de 1965

se ha volcado del Concilio hacia el mundo moderno. Ha reprobado los errores, sí, porque lo exige, no menos la caridad que la verdad, pero, para las personas, sólo invitación, respeto y amor. El Concilio ha enviado al mundo contemporáneo en lugar de deprimentes diagnósticos, remedios alentadores, en vez de funestos presagios, mensajes de esperanza: sus valores no sólo han sido respetados sino honrados, sostenidos sus incesantes esfuerzos, sus aspiraciones, purificadas y bendecidas... Otra cosa debemos destacar aún: toda esta riqueza doctrinal se vuelca en una única dirección: servir al hombre. Al hombre en todas sus condiciones, en todas sus debilidades, en todas sus necesidades»¹³.

¿Porqué hoy un jubileo de la Misericordia?

PARA llevar a cabo esta «nueva etapa en la evangelización» la «Iglesia, en este momento de grandes cambios históricos, está llamada a ofrecer con mayor intensidad los signos de la presencia y de la cercanía de Dios. Éste no es tiempo para estar distraídos, sino al contrario para permanecer alerta y despertar en nosotros la capacidad de ver lo esencial. Es el tiempo para que la Iglesia redescubra el sentido de la misión que el Señor le ha confiado el día de Pascua: ser signo e instrumento de la misericordia del Padre»¹⁴. Efectivamente «fuera de la misericordia de Dios no existe fuente de esperanza para el hombre»¹⁵ por ello «es preciso transmitir al mundo este fuego de la misericordia. En la misericordia de Dios el mundo encontrará la paz»¹⁶.

Importancia de entender el significado de la misericordia

QUÉ es lo que el Papa entiende por *misericordia*? La importancia de entender este misterio insondable de Dios es a lo que llamaba Francisco en su primer Ángelus, «al escuchar misericordia, esta palabra cambia todo. Es lo mejor que podemos escuchar: cambia el mundo. Un poco de misericordia hace al mundo menos frío y más justo. Necesitamos comprender esta misericordia de Dios, este Padre misericordioso que tiene tanta

13. FRANCISCO, *Misericordiae vultus*, n. 4

14. FRANCISCO, Homilía en la presentación del Jubileo de la Misericordia 11 de abril de 2015

15. SAN JUAN PABLO II, homilía en la consagración del santuario de la Misericordia Divina, Cracovia 17/8/2002

16. ibíd.



paciencia»¹⁷. Y a día de hoy nos sigue increpando a profundizar en su significado: «Cerca del comienzo del Año de la misericordia, pidamos al Señor que nos haga entender cómo es su Corazón, qué significa misericordia, qué quiere decir cuando Él dice «¡Misericordia quiero y no sacrificios!»¹⁸.

La misericordia de Dios se «enamora» de nuestra pequeñez y miseria

SANTA Teresita del Niño Jesús, de quien repetidas veces Francisco ha manifestado ser un gran devoto, nos explicaba de esta manera tan sencilla pero profunda en qué consiste esta misericordia de Dios: «lo que agrada a Dios, de mi pequeña alma, es que ame mi pequeñez y mi pobreza, es la esperanza cierta que tengo en su misericordia»¹⁹. De la misma manera el Señor, lejos de rechazar al hombre por sus pecados, se abaja hasta él. «Esa es la misericordia de Dios» nos dice

17. FRANCISCO, ángelus, 17 de marzo de 2013.

18. FRANCISCO, homilía en Santa Marta, 6 de octubre de 2015.

19. SANTA TERESITA, carta del 17 de septiembre de 1896.

el Papa, y para mejor explicarlo, toma como ejemplo la elección que Dios mismo hizo de su pueblo Israel «Dios eligió a su pueblo no porque fuese grande o poderoso, sino porque era el más pequeño de todos, el más miserable de todos. Dios se enamoró de esa miseria, se enamoró precisamente de esa pequeñez. Y en ese monólogo de Dios con su pueblo, se ve ese amor, un amor tierno, un amor como el del padre o de la madre, cuando habla con el hijo que se despierta de noche asustado por un sueño. Y lo tranquiliza: Te agarro de la diestra, no temas, yo mismo te auxilio (Is 41,13). Todos conocemos las caricias de los padres y de las madres cuando los niños están inquietos por un susto: No temas, yo estoy aquí; yo estoy enamorado de tu pequeñez; me he enamorado de tu pequeñez, de tu nada. Incluso: No temas por tus pecados, ¡te quiero tanto!; yo estoy aquí para perdonarte. Esa es la misericordia de Dios»²⁰.

El Corazón de Jesús, fuente de la misericordia

ESTE abajamiento de la divinidad hacia la miseria humana, es fruto del inmenso amor que Dios tiene por todos y cada uno de sus hijos, por tanto, frente a la pregunta ¿de dónde procede esta misericordia? la respuesta del Papa es clara «La misericordia es el corazón de Dios»²¹, «desde el Corazón de la Trinidad, desde la intimidad más profunda del misterio de Dios, brota y corre sin par el río de la misericordia»²². Y en concreto, siendo la segunda persona de la Santísima Trinidad la que asumido la naturaleza humana y con ello un corazón humano, «el Corazón de Jesús es el símbolo por excelencia de la misericordia de Dios; pero no es un símbolo imaginario, es un símbolo real, que representa el centro, la fuente de la que ha brotado la salvación para la entera humanidad»²³.

Siendo así el Corazón de Jesús la fuente de la misericordia «el sentido de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús... es que descubramos cada vez más y nos envuelva la fidelidad humilde y la mansedumbre del amor de Cristo, revelación de la misericordia del Padre»²⁴.

20. FRANCISCO, homilía en santa Marta, 10 de diciembre de 2015.

21. FRANCISCO, mensaje para la celebración de la XLIX Jornada Mundial de la Paz 2016.

22. FRANCISCO, *Misericordiae vultus*, n.25.

23. FRANCISCO, Ángelus 9 de junio de 2013.

24. FRANCISCO, homilía en la solemnidad del Sagrado Corazón, 27 de junio de 2014.

Jubileo, tiempo para anunciar el amor misericordioso del Corazón de Cristo

ESTE jubileo al que nos ha convocado la Iglesia es un tiempo providencial para los devotos del Corazón de Jesús, que nos debe impulsar a dar a conocer, con renovada intensidad, los misterios insondables de este «Corazón que tanto ha amado a los hombres, y en cambio, de la mayor parte de los hombres no recibe nada más que ingratitud, irreverencia y desprecio, en este sacramento de amor». El Papa nos recuerda que «la Iglesia tiene la misión de anunciar la misericordia de Dios, corazón palpitante del Evangelio, que por su medio debe alcanzar la mente y el corazón de toda persona... En nuestro tiempo, en el que la Iglesia está comprometida con la nueva Evangelización, el tema de la misericordia exige ser propuesto una vez más con nuevo entusiasmo y con renovada acción pastoral»²⁵. Esta invitación nos recuerda la insistencia con que santa Margarita María de Alacoque animaba para que se diera a conocer el amor del Corazón de Cristo, y las dificultades con la que esta devoción se fue abriendo paso en la historia de la Iglesia²⁶. Igualmente, nos debe hacer recordar la revelación de san Juan a santa Gertrudis en la que el apóstol le anunciaba que el misterio insondable del amor del Corazón de Cristo había sido previsto fuera revelado al final de los tiempos, en los que la apostasía del mundo necesitara de esta misericordia²⁷.

25. *Misericordiae vultus*, n.12.

26. JOSÉ JAVIER ECHEVE-SUSTAETA «Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús», *CRISTIANDAD* (enero 2003-diciembre 2006).

27. «Santa Gertrudis la Grande, confidente de San

El Reino de Cristo, verdadera esperanza cristiana

JUNTO a esta necesidad de anunciar este amor misericordioso, no debemos olvidar que este amor está llamado a conquistar a todas las almas y, de esta manera, reinar en el mundo. Y así como en los albores del siglo XIX León XIII consagraba el mundo al Corazón de Jesús, recordándonos que «en la época en que la Iglesia, aún próxima a sus orígenes, estaba oprimida bajo el yugo de los Césares, un joven emperador percibió en el cielo una cruz que anunciaba y que preparaba una magnífica y próxima victoria. Hoy, tenemos aquí otro emblema bendito y divino que se ofrece a nuestros ojos: es el Corazón sacratísimo de Jesús, sobre él que se levanta la cruz, y que brilla con un magnífico resplandor rodeado de llamas. En él debemos poner todas nuestras esperanzas; tenemos que pedirle y esperar de él la salvación de los hombres»²⁸.

En la misma línea el papa Francisco nos exhorta: ««la misión del anuncio de la Buena Nueva de Jesucristo tiene una destinación universal. Su mandato de caridad abraza todas las dimensiones de la existencia, todas las personas, todos los ambientes de la convivencia y todos los pueblos. Nada de lo humano le puede resultar extraño». La verdadera esperanza cristiana, que busca el Reino escatológico, siempre genera historia»²⁹.

Juan Evangelista», *CRISTIANDAD*, mayo 2011.

28. LEÓN XIII, encíclica *Annum Sacrum* (1889) mediante la cual consagraba el mundo entero al Corazón de Jesús..

29. Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, n.181.

«Fac cor nostrum secundum Cor tuum»

«Haz nuestro Corazón semejante al tuyo». (Súplica de las letanías del Corazón de Jesús): de este modo tendremos un corazón fuerte y misericordioso, vigilante y generoso que no se deje encerrar en sí mismo y no caiga en el vértigo de la globalización de la indiferencia.

FRANCISCO: mensaje para la Cuaresma de 2015

Benedicto XVI: la parábola del Padre misericordioso

FRANCESC M^a MANRESA I LAMARCA

Lucas 15

ASOMADO a la plaza de San Pedro, Benedicto XVI acostumbraba a dirigir el Ángelus en domingos en que no presidía él mismo la misa dominical. Desde ahí hacía una brevísima prédica en la que se refería habitualmente al evangelio del día. En una de ellas, habló del capítulo 15 de S. Lucas diciendo: «Es hermoso pensar que en todo el mundo (...) resuena hoy esta buena nueva de verdad y de salvación: Dios es amor misericordioso. El evangelista san Lucas recogió en este capítulo tres parábolas sobre la misericordia divina: la oveja perdida, la moneda perdida y la célebre parábola del Padre misericordioso, llamada habitualmente del *hijo pródigo*.»¹

Esta perspectiva, la del padre misericordioso, es realmente la clave de la parábola: el corazón misericordioso de ese Padre, que es Dios, es lo que abre la puerta a la esperanza en el corazón de ese hijo alejado, porque «la verdadera esperanza, la gran esperanza del hombre que resiste a pesar de todas las desilusiones, solo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando *hasta el extremo*»², como escribiría más tarde en la encíclica sobre la esperanza.

«Este texto evangélico –comentaba el Santo Padre en otra ocasión– tiene sobre todo el poder de hablarnos de Dios, de darnos a conocer su rostro, mejor aún, su *corazón*»³ porque «precisamente, a través del Corazón de Jesús se nos manifestó de manera sublime el Amor de Dios hacia la humanidad y su auténtico culto atrae especialmente a las almas sedientas de la misericordia de Dios, que en él encuentra la fuente inagotable, en la que pueden

sacar el agua de la Vida, capaz de regar los desiertos del alma y de hacer que vuelva a florecer la esperanza»⁴... incluso en el corazón rebelde y a la vez humillado de aquel hijo.

Misericordia y esperanza es la dualidad que late en la lectura de la encíclica *Spe salvi* y nos descubre que «Dios es el fundamento de la esperanza; pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto»⁵. La misma dualidad que expresaba de otro modo hablando de santa Teresita: «*Confianza y amor* son (...) dos palabras que, como faros, iluminaron todo su camino de santidad para poder guiar a los demás por su mismo *caminito de confianza y amor*.»⁶

En una referencia a su predecesor el papa san Juan Pablo II recordaba que su largo pontificado tenía en la Divina Misericordia su núcleo central, que toda su misión al servicio de la verdad sobre Dios y sobre el hombre y de la paz en el mundo ser resumía en este anuncio: «Fuera de la misericordia de Dios no existe otra fuente de esperanza para el hombre.»⁷ Y testimonio de ello son aquellas llagas que se ofrecen ante el

apóstol incrédulo, pues «el Señor ha llevado consigo sus heridas a la eternidad. Es un Dios herido; se ha dejado herir por amor a nosotros. Sus heridas son para nosotros el signo de que nos comprende y se deja herir por amor a nosotros. Nosotros podemos tocar sus heridas en la historia de nuestro tiempo, pues se deja herir continuamente por nosotros. ¡Qué certeza de su misericordia nos dan sus heridas y qué consuelo significan para nosotros!»⁸



1. BENEDICTO XVI, ángelus, domingo 16 de septiembre de 2007.

2. BENEDICTO XVI, *Spe salvi*. 27.

3. BENEDICTO XVI, ángelus, domingo 14 de marzo de 2010.

4. BENEDICTO XVI, ángelus, domingo 25 de junio de 2006.

5. BENEDICTO XVI, *Spe salvi*. 31.

6. BENEDICTO XVI, 6 de abril de 2011.

7. Cf. BENEDICTO XVI, regina coeli, 30 de marzo de 2008.

8. BENEDICTO XVI, homilía, 15 de abril de 2007.

La misericordia es el núcleo central del mensaje evangélico

SEGUÍA el Santo Padre en su breve prédica de aquel domingo: «La verdadera religión consiste en entrar en sintonía con este Corazón rico en misericordia, que nos pide amar a todos, incluso a los lejanos y a los enemigos, imitando al Padre celestial, que respeta la libertad de cada uno y atrae todos hacia sí con la fuerza invencible de su fidelidad. El camino que Jesús muestra a los que quieren ser sus discípulos es este: ‘No juzguéis..., no condenéis...; perdonad y seréis perdonados...; dad y se os dará; sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso’ (Lc 6, 36-38)»⁹

El Señor mismo nos exhorta a ser como Dios; a ser misericordiosos como Él lo es, en la virtud suprema de todas las virtudes divinas según santo Tomás; y a imitarlo en aquello que Él mismo es, tal y como manifestó a santa Faustina: «Yo soy el Amor y la Misericordia en persona». Y aun ante esta desproporción nos animaba el Santo Padre: «Convertíos día a día en hombres y mujeres de la misericordia de Dios. La misericordia es el vestido de luz que el Señor nos ha dado en el bautismo. No debemos dejar que esta luz se apague»¹⁰, porque «la misericordia es el núcleo central del mensaje evangélico, es el nombre de Dios, el rostro con el que se reveló en la Antigua Alianza y plenamente en Jesucristo, encarnación del Amor crea-

9. BENEDICTO XVI, ángelus, domingo 16 de septiembre de 2007

10. BENEDICTO XVI, homilía, domingo 15 de abril de 2007

dor y redentor.»¹¹ Y en otro lugar insistía: «este misterio del amor que Dios nos tiene no sólo constituye el contenido del culto y la devoción al Corazón de Jesús: es al mismo tiempo, el contenido de toda verdadera espiritualidad y devoción cristiana»¹²

Este es el amor con el que el Espíritu Santo anima la vida del Pueblo de Dios que peregrina en este mundo, «este amor de misericordia [que] ilumina también el rostro de la Iglesia y se manifiesta mediante los sacramentos, especialmente el de la reconciliación, y mediante las obras de caridad, comunitarias e individuales. Todo lo que la Iglesia dice y realiza, manifiesta la misericordia que Dios tiene para con el hombre. [...] De la misericordia divina, que pacifica los corazones, brota además la auténtica paz en el mundo.»¹³

«Desde que Jesús nos habló del Padre misericordioso, las cosas ya no son como antes; ahora conocemos a Dios: es nuestro Padre, que por amor nos ha creado libres y dotados de conciencia, que sufre si nos perdemos y que hace fiesta si regresamos.»¹⁴

Enseña santo Tomás que la misericordia es la primera raíz de cualquier obra divina y, en este sentido, el modo de obrar de Dios parte de su mise-

11. BENEDICTO XVI, regina Coeli, domingo de la Divina Misericordia, 30 de marzo de 2008.

12. BENEDICTO XVI, Carta al preósito general de la Compañía de Jesús con motivo del cincuenta aniversario de la encíclica *Haurietis Aquas*.

13. BENEDICTO XVI, regina Coeli, domingo de la Divina Misericordia, 30 de marzo de 2008.

14. BENEDICTO XVI, ángelus, domingo 14 de marzo de 2010.

Las misericordias de Dios nos acompañan día a día. Basta tener el corazón vigilante para poder percibir las. Somos muy propensos a notar sólo la fatiga diaria que a nosotros, como hijos de Adán, se nos ha impuesto. Pero si abrimos nuestro corazón, entonces, aunque estemos sumergidos en ella, podemos constatar continuamente cuán bueno es Dios con nosotros; cómo piensa en nosotros precisamente en las pequeñas cosas, ayudándonos así a alcanzar las grandes.

BENEDICTO XVI: homilía durante la santa misa en el domingo de la Divina Misericordia, víspera de su 80º cumpleaños.

Domingo 15 de abril de 2007

ricordia y preside todas sus acciones.¹⁵ Siendo así que nosotros hemos venido a la existencia por su sola misericordia, a través de las exhortaciones del mismo Cristo, debe pensarse que por su sola misericordia volveremos a Él... recorriendo el camino de la confianza, siendo como somos pobres e incapaces, haciendo realidad aquella advertencia de S. Juan de la Cruz: «para venir a lo que no sabes / has de ir por donde no sabes/ .../ para venir a lo que no eres / has de ir por donde no eres.»

Cuando aún estaba lejos, vio el padre, y, compadecido, corrió a él y se arrojó a su cuello y le cubrió de besos. (Lc 15, 20)

COMENTANDO en otra ocasión el papa Benedicto XVI el mismo pasaje de Lucas concluía: «Por suerte para nosotros, Dios siempre es fiel y, aunque nos alejemos y nos perdamos, no deja de seguirnos con su amor, perdonando nuestros errores y hablando interiormente a

nuestra conciencia para volvernos a atraer hacia sí. En la parábola los dos hijos se comportan de manera opuesta: el menor se va y cae cada vez más bajo, mientras que el mayor se queda en casa, pero también él tiene una relación inmadura con el Padre. (...) Los dos hijos representan dos modos inmaduros de relacionarse con Dios. Ambas formas se superan a través de la experiencia de la misericordia. Sólo experimentando el perdón, reconociendo que somos amados con un amor gratuito, mayor que nuestra miseria, pero también que nuestra justicia, entramos por fin en una relación verdaderamente filial y libre con Dios.

Queridos amigos, meditemos esta parábola. Identifiquémonos con los dos hijos y, sobre todo, contemplemos el corazón del Padre. Arrojémonos en sus brazos y dejémonos regenerar por su amor misericordioso. Que nos ayude en esto la Virgen María, *Mater Misericordiae*. »¹⁶

15. JOSÉ M^a PETIT SULLÁ. «La Divina Misericordia». CRISTIANDAD. Abril 2006

16. BENEDICTO XVI, ángelus, domingo 14 de marzo de 2010

La misericordia, núcleo central del Evangelio

En realidad, la misericordia es el núcleo central del mensaje evangélico, es el nombre mismo de Dios, el rostro con el que se reveló en la Antigua Alianza y plenamente en Jesucristo, encarnación del Amor creador y redentor. Este amor de misericordia ilumina también el rostro de la Iglesia y se manifiesta mediante los sacramentos, especialmente el de la Reconciliación, y mediante las obras de caridad, comunitarias e individuales.

Todo lo que la Iglesia dice y realiza, manifiesta la misericordia que Dios tiene para con el hombre. Cuando la Iglesia debe recordar una verdad olvidada, o un bien traicionado, lo hace siempre impulsada por el amor misericordioso, para que los hombres tengan vida y la tengan en abundancia (cf. Jn 10, 10). De la misericordia divina, que pacifica los corazones, brota además la auténtica paz en el mundo, la paz entre los diversos pueblos, culturas y religiones.

BENEDICTO XVI: domingo de la Misericordia divina, 30 de marzo de 2008

La devoción de san Juan Pablo II a la Divina Misericordia

LUIS TOMÁS GARCÍA SÁNCHEZ

DURANTE la ocupación nazi, cuando trabajaba en la cercana fábrica Solvay, solía pasar por aquí. Aún hoy recuerdo el camino que va desde Borek Falecki hasta Debniki, que recorría con unos zuecos cada día para trabajar en los distintos turnos. ¿Cómo imaginar que aquel hombre de los zuecos consagraría un día la basílica de la Divina Misericordia?».

Estos son los recuerdos que confiaba san Juan Pablo II al término de la ceremonia de dedicación de la basílica de la Divina Misericordia en Lagiewniki, en la que también consagró el mundo entero a la Divina Misericordia.

Sin embargo, es poco probable que a los 22 años con los que contaba entonces tuviera noticia del mensaje confiado a santa. Faustina Kowalska, aunque sí de la santa. «Recuerdo haberme detenido muchas veces ante la tumba de sor Faustina, que aún no era beata. Todo en ella era extraordinario, porque era imprevisible en una muchacha tan sencilla como ella. ¿Cómo podía imaginar entonces que tendría ocasión de beatificarla primero y, más tarde, canonizarla?»¹. A la muerte de ésta, por tuberculosis en el año 1938, su figura cae en el olvido, y los cuadernos que entregó previamente a su superiora son confinados al desván después de un estudio teológico que dijo no encontrar nada digno de interés en ellos. En cambio, las distintas formas de culto a la Divina Misericordia descritas en el diario sí se divulgarían por el mundo, especialmente en México y Estados Unidos, de la mano de muchos polacos fugitivos de las invasiones alemanas y soviéticas. Éstos las habían recibido del padre Sopocko, S.I., uno de los directores espirituales de la santa.

Muchos años más tarde, en 1962, y ya como arzobispo de Cracovia Karol Wojtyła entra en contacto, justamente, con los obispos de las diócesis mexicanas y americanas durante las sesiones del Concilio Vaticano II. Preguntado por éstos con el fin de conseguir información certera sobre la monja que

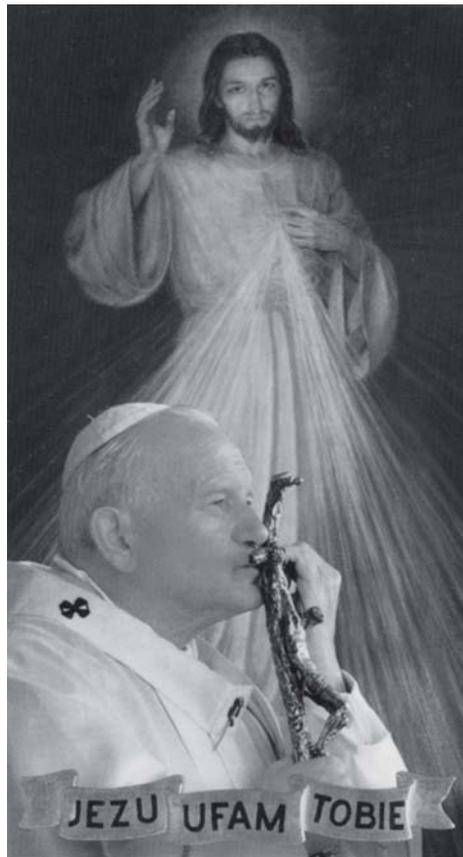
origina las formas de culto a la Divina Misericordia (la veneración de su imagen, el rezo de la coronilla, la Hora de la Divina Misericordia, etc.), Karol Wojtyła reconoce su ignorancia acerca de la cuestión. De vuelta en Cracovia entra en contacto con la superiora del convento² y encarga un resumen del diario de Sta. Faustina. Un resumen que acompañará la solicitud de apertura del proceso informativo de la causa de beatificación, que comenzará en 1965, impulsado por el mismo arzobispo de Cracovia.

Fruto del proceso diocesano, el arzobispo Wojtyła alcanzó un profundo conocimiento del mensaje confiado a la santa, convirtiéndose en su fiel propagador. A principios de 1978 recomienda el levantamiento del veto sobre los escritos de Sta. Faustina. Su petición es aceptada en abril. En octubre sería elegido sucesor de san Pedro.

Como papa, dedica una de sus primeras encíclicas a la misericordia divina, *Dives in misericordia*, en 1980. Es a través de Jesucristo como podemos conocer al Padre como Padre misericordioso. El Papa reconoció la extraordinaria profundidad contenida en el mensaje de la Divina Misericordia, cuya devoción nos lleva a la esencia misma del cristianismo.

Es en esta década de los ochenta cuando incentivó al entonces obispo de la diócesis de Cracovia a construir la basílica de la Divina Misericordia, que hemos mencionado al comienzo del artículo, junto al convento donde sor Faustina vivió los últimos años de su vida y donde reposan sus restos mortales.

2. La superiora en cuestión es sor Beatriz Piekut, a quien el 3 de enero de 2003 Marcin Kazmierczak tuvo la oportunidad de entrevistar. (*CRISTIANDAD* n° 959-960, Junio-Julio 2011).



1. JUAN PABLO II, *¡Levantaos! ¡Vamos!*, 2004.



Basilica de la Divina Misericordia (Cracovia)

Avanzamos ahora hasta el 30 de abril del año 2000, fecha en la que sor Faustina fue canonizada. En la homilía de aquella celebración S. Juan Pablo II realizó una síntesis de la devoción a la Divina Misericordia. «La misericordia divina que brota del corazón de Cristo crucificado y que se derrama sobre toda la humanidad». De ese Corazón, sor Faustina Kowalska, verá salir dos haces de luz que iluminan el mundo, que representan la sangre y el agua. Si la sangre evoca el sacrificio de la cruz y el don eucarístico, el agua no sólo recuerda el bautismo, sino también el don del Espíritu Santo.

Ese mismo día, el papa oficializó la fiesta de la Divina Misericordia el domingo siguiente a la Pascua de Resurrección, cumpliendo así el mandato que Jesucristo imprimía en sus palabras a Sta. Faustina: «Deseo que la fiesta de la Misericordia sea la salvación y el refugio de todas las almas, especialmente de los pobres pecadores. En ese día se abrirán las puertas de mi misericordia. Derramaré todo el océano de mis gracias sobre las almas que se acerquen a la fuente de mi misericordia. El alma que aquel día se confiese y comulgue obtendrá la remisión completa de las culpas y los castigos. En ese día están abiertas todas las compuertas divinas a través de las cuales fluyen las gracias. Que nadie tema acercarse a mí, aunque sus

culpas fueran las más atroces. (...) Esta fiesta, nacida de lo íntimo de mi misericordia, queda confirmada en sus profundidades. (...) Hija mía, dí que esta fiesta ha brotado de las entrañas de mi misericordia para el consuelo del mundo entero.»³

Dos años más tarde, el 17 de agosto de 2002 tenía lugar la consagración del santuario de la Divina Misericordia que hemos comentado anteriormente. Durante la homilía Juan Pablo II recalcó la necesidad de esta devoción ante la gravedad de los males de nuestro tiempo: «Fuera de la misericordia

de Dios, no existe otra fuente de esperanza para el hombre. Deseamos repetir con fe: Jesús, confío en ti. De este anuncio, que expresa la confianza en el amor omnipotente de Dios, tenemos particularmente necesidad en nuestro tiempo, en el que el hombre se siente perdido ante las múltiples manifestaciones del mal.

Es preciso que la invocación de la misericordia de Dios brote de lo más íntimo de los corazones llenos de sufrimiento, de temor e incertidumbre, pero, al mismo tiempo, en busca de una fuente infalible de esperanza. (...) El pecado puede ser perdonado y el hombre puede corresponder de nuevo a la dignidad

Las distintas formas de culto a la Divina Misericordia descritas en el diario de sor Faustina se divulgarían por el mundo, especialmente en México y Estados Unidos, de la mano de muchos polacos fugitivos de las invasiones alemanas y soviéticas.

3. SANTA FAUSTINA, *Diario* 699, 420, 1517

de hijo predilecto de Dios». En efecto, la cruz «es la inclinación más profunda de la Divinidad hacia el hombre (...). La cruz es como un toque del amor eterno sobre las heridas más dolorosas de la existencia terrena del hombre (*Dives in misericordia*, 8)», de donde brota el amor que ni siquiera el pecado más grande puede derrotar.

«Ojalá se cumpla la firme promesa del Señor Jesús: “de aquí debe salir la chispa que preparará al mundo para su venida”. (*Diario* 1732) Es preciso encender esta chispa de la gracia de Dios. Es preciso transmitir al mundo este fuego de la misericordia. En la misericordia de Dios el mundo encontrará la paz, y el hombre la felicidad».

En esa misma celebración san Juan Pablo II consagró también el mundo a la Misericordia divina. Lo hacía con el deseo ardiente de que el mensaje del amor misericordioso de Dios, proclamado a través de santa Faustina, llegara a todos los habitantes de la tierra y llenara sus corazones de esperanza;

«Inclínate hacia nosotros, pecadores; sana nuestra debilidad; derrota todo mal; haz que todos los habitantes de la tierra experimenten tu misericordia, para que en ti, Dios uno y trino, encuentren siempre la fuente de la esperanza».

En su último libro escrito, *Memoria e identidad*, san Juan Pablo II volvía a incidir sobre la misma idea; de que la única fuerza capaz de contrarrestar el mal de las ideologías contemporáneas era anunciar la verdad de Cristo misericordioso: «El límite impuesto al mal es en definitiva la divina misericordia.»

San Juan Pablo II murió el 2 de abril de 2005, la noche previa al domingo de la Divina Misericordia, festividad que él había instituido y que se celebraría en la Iglesia el domingo siguiente al domingo de Pascua. Muchos creyentes acogieron como una señal de Dios el hecho que Juan Pablo II muriera en la víspera del domingo de la Divina Misericordia. Con la institución de esta fiesta, el Papa concluyó la tarea asignada por Nuestro Señor Jesús a santa Faustina, 69 años atrás, cuando en febrero de 1931 le dijo: «Deseo que haya una fiesta de la Misericordia».

El papa Benedicto XVI beatificó a Juan Pablo II el 1 de mayo de 2011, en el segundo domingo de Pascua, y el papa Francisco lo canonizó el 27 de abril de 2014, también fiesta de la Misericordia. El cardenal Joseph Ratzinger, en la homilía pronunciada durante la misa de exequias por san Juan Pablo II apuntó: «El misterio del amor misericordioso de Dios estuvo en el centro del pontificado de mi venerado predecesor (...), evidenciando que el culto de la misericordia divina no es una devoción secundaria, sino dimensión integrante de la fe y de la oración del cristiano».

En 1997 Juan Pablo II ante la tumba de sor Faustina había afirmado. «El mensaje de la Divina Misericordia siempre ha estado muy cercano y es muy estimado por mí y él, en cierto sentido, ha forjado la imagen de este pontificado».

Damos gracias a Dios por este pontificado de san Juan Pablo II, pues él mismo ha sido don de la misericordia de Dios para la Iglesia y para toda la humanidad. ¡Que sus enseñanzas perduren en nuestros corazones y den fruto en abundancia!

A la humanidad, que en ocasiones parece como perdida y dominada por el poder del mal, del egoísmo y del miedo, el Señor resucitado le ofrece como don su amor que perdona, reconcilia y vuelve a abrir el espíritu a la esperanza. El amor convierte los corazones y da la paz. ¡Cuánta necesidad tiene el mundo de comprender y acoger la Divina Misericordia!

La solemnidad litúrgica de la Anunciación, que celebraremos mañana, nos lleva a contemplar con los ojos de María el inmenso misterio de este amor misericordioso que surge del Corazón de Cristo.

Texto que san Juan Pablo II había precedentemente preparado con ocasión de la solemnidad de la Divina Misericordia, leído tras su muerte por el arzobispo Leonardo Sandri, antes del rezo del *Regina Caeli* (3 de abril de 2005).

De lectura obligada para este año:

«*Dives in misericordia*»

ANTONIO PREVOSTI MONCLÚS

LA encíclica *Dives in misericordia* de S. Juan Pablo II sobre la misericordia divina fue publicada hace ya 35 años, el 30 de noviembre de 1980.¹ Hoy, en pleno Año Santo de la Misericordia, parece natural releerla, pero al hacerlo nos sorprende por su belleza, por la riqueza y profundidad de su doctrina, y por la actualidad de su mensaje para la humanidad de nuestros días.

Era la segunda encíclica de su pontificado. La primera había sido *Redemptor hominis*, centrada en mostrar cómo el conocimiento de Cristo lleva al hombre a un mejor conocimiento de sí mismo. La segunda encíclica, siguiendo como un programa,

mostraba en cambio a Cristo como Aquél que nos da a conocer al Padre: «Quien me ve a mí, ve al Padre». Pues bien, el núcleo y la síntesis de lo que Cristo nos revela de Dios Padre se expresa en la palabra «misericordia». La misericordia, que, según esta encíclica, es «el atributo más estupendo del Creador y del Redentor».

La encíclica nos sorprende por su belleza, por la riqueza y profundidad de su doctrina, y por la actualidad de su mensaje para la humanidad de nuestros días.

Ambas encíclicas son efectivamente relacionadas entre sí por el Papa, por cuanto, insiste, centrarse en el hombre (antropocentrismo) y

centrarse en Dios (teocentrismo) son tendencias que frecuentemente se han opuesto, pero que la Iglesia se esfuerza siempre en unir, siguiendo el modelo de Cristo. Estas encíclicas, como el conjunto del magisterio de S. Juan Pablo II, se han de entender como pertenecientes al esfuerzo consciente y articulado de poner en acto «en la actual fase de la historia de la Iglesia» la doctrina del Concilio Vaticano II.

Esta tarea de la Iglesia se nos presenta con una coloración especial, teñida precisamente por el tono acogedor de la misericordia divina, que la Iglesia se viene esforzando en hacer presente ante los hombres de una manera renovada e insistente. Percibimos esto ya en muchos momentos del propio Concilio. Así, en el discurso de apertura solemne del

mismo, el 11 de octubre de 1962, decía el Santo Padre Juan XXIII que «en nuestro tiempo la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia más que la de la severidad.» «En tal estado de cosas, la Iglesia católica, al elevar por medio de este Concilio Ecuménico la antorcha de la verdad religiosa, quiere mostrarse madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y de bondad para con los hijos separados de ella.»

En la introducción a la *Dives in misericordia*, S. Juan Pablo II reconoce que en la mentalidad de nuestro tiempo, racionalista y secularizado, se da una cierta reticencia o incluso oposición a la noción de misericordia. Sin embargo, el hombre contemporáneo es a la vez fuerte y débil, y es consciente de las graves amenazas que planean sobre el mundo de hoy, «que sobrepasan con mucho las hasta ahora conocidas». Por ello, no deja de ser el mensaje que más necesita, el anuncio del designio amoroso y misericordioso de Dios, manifestado y realizado en Cristo.

Nos indica también el Santo Padre, claramente, las razones de su encíclica. Quiere con ella acoger «una llamada singular dirigida a la Iglesia», puesto que Dios Padre, «que ve en secreto, espera, se diría que continuamente, que nosotros, recurriendo a Él en toda necesidad, escrutemos cada vez más su misterio: el misterio del Padre y de su amor.» ¡Dios espera que escrutemos su misterio! El Papa nos remite a Efesios 3, 18, y allí nos encontramos con san Pablo, pidiéndole de rodillas al Padre que conceda a los cristianos ser «capaces de comprender, con todos los santos, cuál es la anchura, longitud, altura y profundidad, es decir, de conocer la caridad de Cristo que está por encima del conocimiento». Lo que Dios tuvo en secreto durante siglos, lo ha revelado en Cristo, para que nosotros lo conozcamos. Dice, pues, el Papa, que su deseo es que la encíclica haga «más cercano a todos tal misterio y que sea al mismo tiempo una vibrante llamada de la Iglesia a la misericordia, de la que el hombre y el mundo contemporáneo tienen tanta necesidad. Y tienen necesidad, aunque con frecuencia no lo saben.»

La encíclica se divide en ocho partes: una introducción, cuatro partes centrales dedicadas a exponer en qué consiste la misericordia divina, y las tres últimas de aplicación a la Iglesia de nuestro tiempo. Con la intención de invitar a su lectura, a continuación esbozaremos algunos puntos del contenido de las partes centrales.

1. Puede hallarse el texto íntegro de la misma en el número de nov.-dic. de 1980 de nuestra revista, como también en la web del Vaticano.

En la segunda parte, «Mensaje mesiánico», se pone la base teológica de todo el resto. Es el núcleo de la encíclica: la misión mesiánica de Jesús es esencialmente una actuación y una manifestación de la misericordia divina. Dice el Papa: «*Hacer presente al Padre en cuanto amor y misericordia es en la conciencia de Cristo mismo la prueba fundamental de su misión de Mesías.*» Ya las promesas del Antiguo Testamento, naturalmente, no surgían de otra fuente que el amor misericordioso de Dios hacia los hombres. El Papa saca la enseñanza de dos momentos significativos, reportados por los evangelios, en que Jesús se declara como Mesías, y en ambos lo hace con la alusión a las palabras de Isaías, y a la vez a sus obras de misericordia: «evangelizar a los pobres, predicar a los cautivos la libertad, a los ciegos la recuperación de la vista, liberar a los oprimidos, anunciar un año de gracia del Señor.» «Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados.» Son las palabras de Jesús en la sinagoga de Nazaret, primero, y ante los discípulos de Juan, que le preguntaban si era el que había de venir, después.

Resalta el Papa, en consecuencia, que Jesús hace de la misericordia uno de los temas principales de su predicación. Y es el evangelista san Lucas quien lo recoge con especial detalle, por lo que su evangelio ha merecido ser llamado «el evangelio de la misericordia». Por otro lado, esta parte de la encíclica se concluye constatando que «Cristo, al revelar el amor-misericordia de Dios, *exigía* al mismo tiempo *a los hombres* que a su vez se dejasen guiar en su vida por el amor y la misericordia. Esta exigencia forma parte del núcleo mismo del mensaje mesiánico y constituye la esencia del *ethos* evangélico.»

En las tres partes siguientes, en unas páginas que rezuman la belleza de la sabiduría, el Papa se dedica a desarrollar el contenido del concepto de misericordia, primero en el Antiguo y después en el Nuevo Testamento. Comienza con la experiencia de la misericordia divina que tenía en el Antiguo Testamento el pueblo de Israel, en tanto que, consciente como era de ser el pueblo de la Alianza, sabía que la había roto muchas veces, mientras que Dios era fiel. Porque Dios no rompe su compromiso, por fidelidad a sí mismo, Dios ama a su pueblo imperturbablemente y busca reconducirlo siempre hacia sí y hacia el perdón. Es interesante (aun siendo excepcionalmente extensa) la nota «filológica», en que el Papa explica un par de términos hebreos que se refieren a la misericordia, y que apuntan como a una vertiente masculina y a una vertiente femenina de la misma.

A raíz de esto, el Papa aborda una cuestión clásica y muy importante, el problema de la aparente contraposición entre misericordia y justicia divina. Ante

ella, hace notar que ya el Antiguo Testamento enseña, a través de multitud de casos, pues se trata de algo *característico de toda la revelación*, que el amor es más grande y más poderoso que la justicia, en el sentido de ser lo primario y lo más fundamental. Esta primacía y superioridad *se manifiestan* precisamente en la misericordia.

Podemos atisbar algo de esta relación entre justicia y misericordia en Dios, si nos remontamos al origen, al misterio de la creación. El Papa cita unas palabras del libro de la *Sabiduría* que indican, dice, «el fundamento profundo de la relación entre la justicia y la misericordia en Dios, en sus relaciones con el hombre y con el mundo.» Son las del capítulo 11, versículo 24: «nada aborreces de lo que has hecho». Es que la naturaleza del amor excluye el odio, y Dios ha creado el mundo por amor.

Pero leamos el pasaje completo, digno de meditación:

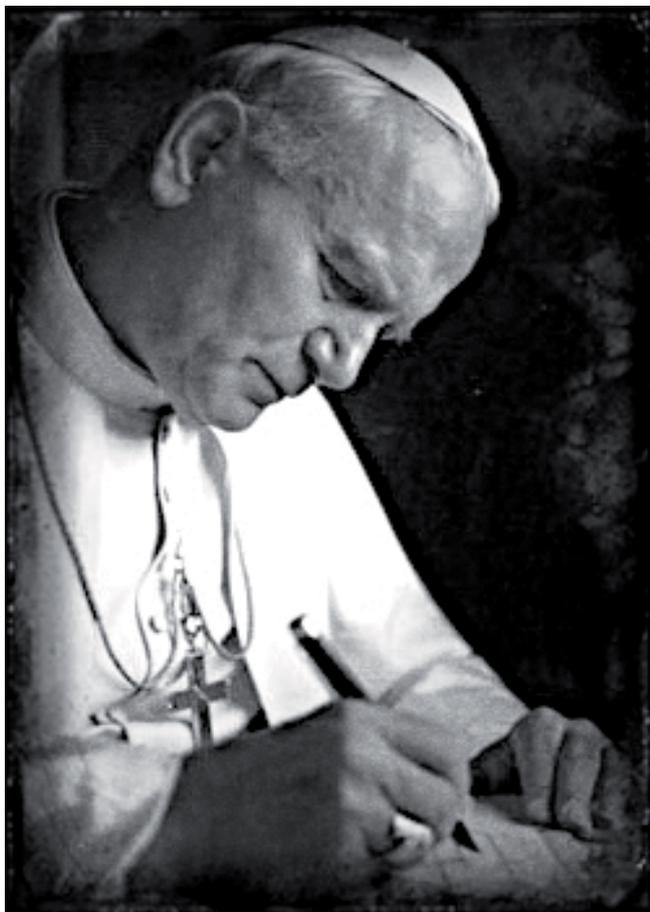
Tú amas todo lo que existe y no aborreces nada de lo que has hecho, porque si hubieras odiado algo, no lo habrías creado.²⁵ ¿Cómo podría subsistir una cosa si tú no quisieras? ¿Cómo se conservaría si no la hubieras llamado?²⁶ Pero tú eres indulgente con todos, ya que todo es tuyo, Señor que amas la vida,¹ porque tu espíritu incorruptible está en todas las cosas.

Vinculado al misterio de la creación, hemos de considerar también el misterio de la elección, elección del pueblo de Israel, y por él, de cada hombre, de toda la gran familia humana. Volvemos al tema de la Alianza y de la fidelidad prometida como incommovible, la cual, como escribe el Papa, «anunciada un día a Israel, lleva dentro de sí la perspectiva de la historia entera del hombre: perspectiva que es a la vez temporal y escatológica.»

La exposición del concepto de misericordia basada en el Nuevo Testamento se desarrolla en dos partes, que se centran, respectivamente, en la parábola del hijo pródigo y en el misterio pascual, es decir, la cruz y la resurrección de Cristo.

En su preciosa exposición de la parábola del hijo pródigo, san Juan Pablo II muestra de forma diáfana y penetrante la relación entre la misericordia divina y la dignidad del hombre. Con ello sale al paso de prejuicios corrientes contra la misericordia, que pretenden que ofende la dignidad del que la recibe. Ello se debe a que percibimos principalmente en la misericordia una relación de desigualdad entre el que ofrece y el que recibe. Sin embargo, la pará-

La segunda parte es el núcleo de la encíclica: la misión mesiánica de Jesús es esencialmente una actuación y una manifestación de la misericordia divina.



*Juan Pablo II firmando la encíclica
Dives in misericordia*

bola del hijo pródigo, dice el Papa, «muestra cuán diversa es la realidad: la relación de misericordia se funda en la común experiencia de aquel bien que es el hombre, sobre la común experiencia de la dignidad que le es propia.» El reconocimiento de la verdad de sí mismo, en que consiste la auténtica humildad, lleva precisamente a la conversión. Así, el significado verdadero y propio de la misericordia en el mundo no consiste únicamente en la

mirada, aunque sea la más penetrante y compasiva, dirigida al mal moral, físico o material: la misericordia se manifiesta en su aspecto verdadero y propio, cuando revalida, promueve y extrae el bien de todas las formas de mal existentes en el mundo y en el hombre. Así entendida, constituye el contenido fundamental del mensaje mesiánico de Cristo y la fuerza constitutiva de su misión. Así entendían también y practicaban la misericordia sus discípulos y seguidores.

La realización suprema y el momento culminante de la misericordia divina se encuentran en el misterio pascual, en los hechos de la pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Pero aquí la encíclica nos hace notar que nos encontramos con algo nuevo, inaudito, con un cambio fundamental: Cristo, «el que pasó haciendo el bien», el Mesías que anunciaba la misericordia de Dios, se nos presenta ahora a los hombres como merecedor de nuestra misericordia. Ya no sólo la ofrece; ya no sólo quiere que la usemos para con nuestro prójimo: ahora se nos presenta sufriente y espera recibirla de nosotros. Lo que aquí subraya el Papa, sin duda coincide con lo que en las revelaciones de Paray-le-Monial el Sagrado Corazón le pidiera a santa Margarita María. Con todo, aun hoy parece un mensaje desconocido incluso de los propios cristianos, el que el Papa expresa diciendo literalmente: «De manera particular Dios revela asimismo su misericordia, cuando invita al hombre a la «misericordia» hacia su Hijo, hacia el Crucificado.»

Las enseñanzas del Papa en las varias secciones que dedica al tema del misterio pascual, son tan ricas y profundas que resulta imposible resumirlas aquí en pocas palabras. Vamos a destacar sólo un par de aspectos. Por un lado, una contemplación del misterio de la cruz y de lo que ella nos dice, a saber, el amor de Dios Padre que «tanto amó al mundo, que le dio a su Hijo unigénito.»

En nuestro tiempo, la humanidad tiene necesidad de que se proclame pastoral, de manera profética, el querido Juan Pablo II, quien fue un gran segunda encíclica y durante todo su pontificado se convirtió en misionero del 11 de septiembre de 2001, que ensombrecieron el alba del tercer que la Misericordia de Dios es más fuerte que todo mal, y que sólo en

En la cruz, dice S. Juan Pablo II, se revela definitivamente la santidad de Dios, la plenitud absoluta de perfección de su justicia y de su amor, «ya que la justicia se funda sobre el amor, mana de él y tiende hacia él.» Con ello, en la pasión y muerte de Cristo «se expresa la justicia absoluta, porque Cristo sufre la pasión y la cruz a causa de los pecados de la humanidad.» Sin embargo, dice el Papa, tal justicia nace toda ella del amor. «La dimensión divina de la redención no se actúa solamente haciendo justicia del pecado, sino restituyendo al amor su fuerza creadora en el interior del hombre, gracias a la cual él tiene acceso de nuevo a la plenitud de vida y de santidad, que viene de Dios. De este modo la redención comporta la revelación de la misericordia en su plenitud.»

La cruz de Cristo, además, «nos hace comprender las raíces más profundas del mal que ahondan en el pecado y en la muerte; y así la cruz se convierte en un signo escatológico.» En cuanto a la resurrección, dice el Papa que constituye «el signo final de la misión mesiánica, signo que corona la entera revelación del amor misericordioso», a la vez que es el signo que preanuncia «un cielo nuevo y una tierra nueva», cuando Dios «enjuagará las lágrimas de nuestros ojos; no habrá ya muerte, ni luto, ni llanto, ni afán, porque las cosas de antes han pasado.»

Termina el Papa esta parte de su encíclica contemplando a María, la Madre de la Misericordia. María es la que de manera singular ha experimentado la misericordia divina y también, de manera excepcional, ha contribuido con su sacrificio a la efusión de la misma sobre los hombres. María, dice el Papa, «es la que conoce más a fondo el misterio de la misericordia divina.» El Corazón de María participaba singularmente en el amor misericordioso de Dios hacia los hombres, de modo que en ella y por ella no cesa de revelarse el amor divino en la historia de la Iglesia y de la humanidad. Tal reve-

lación se funda sobre «el tacto singular de su corazón materno, sobre su sensibilidad particular, sobre su especial aptitud para llegar a todos aquellos que aceptan más fácilmente el amor misericordioso de parte de una madre.»

Siguen a continuación, las páginas dedicadas a nuestro tiempo y a la misericordia de Dios en la misión de la Iglesia. Son páginas llenas de penetración en los problemas y las tendencias actuales, y llenas asimismo de orientadoras directrices y sugerencias, de indispensable lectura. Pero solamente indicaremos que, en la parte conclusiva sobre la oración de la Iglesia en nuestros tiempos, el Papa afirma la necesidad de que la Iglesia pronuncie la palabra «misericordia»; que la Iglesia tiene el derecho y el deber de recurrir al Dios de la misericordia «con poderosos clamores»; y que todo cuanto ha dicho en la encíclica sobre la misericordia «se transforme continuamente en una ferviente plegaria.»

Puesto que nos atrevemos a calificar la *Dives in misericordia* de «lectura obligada» para este Año jubilar, nos permitimos recordar las palabras que Francisco Canals escribió al poco de su publicación: «El documento de Juan Pablo II, que exige una lectura atenta y orientada hacia la meditación y la plegaria, y que debería ser acompañada por la atención a los textos bíblicos citados, es una de las palabras más penetrantes y más vivamente actuales pronunciadas por la Iglesia en nuestro siglo.» (CRISTIANDAD, nov.-dic. 1980, p. 202).

El Papa afirma la necesidad de que la Iglesia pronuncie la palabra «misericordia»; que la Iglesia tiene el derecho y el deber de recurrir al Dios de la misericordia «con poderosos clamores».

y testimonie con vigor la misericordia de Dios. Intuyó esta urgencia apóstol de la divina Misericordia. Al Padre misericordioso dedicó su amor de Dios a todas las personas. Tras los trágicos acontecimientos milenio, invitó a los cristianos y a los hombres de buena voluntad a creer la Cruz de Cristo se encuentra la salvación del mundo.

Intervención de BENEDICTO XVI después del ángelus en Castel Gandolfo, domingo, 16 de septiembre de 2007

Anuncio de la misericordia de Dios a la humanidad contemporánea

*Reproducimos a continuación un artículo editorial que escribió Francisco CANALS VIDAL para la revista CRISTIANDAD con motivo de la encíclica de Juan Pablo II *Dives in Misericordia*, Noviembre-diciembre 1980. (Núm 596-597)*

Las enseñanzas del magisterio pontificio ordinario, especialmente las que se expresan en la forma de «encíclica», han tenido desde el siglo pasado un especial destino ante la opinión pública. Desde esta perspectiva, hay que reconocer que la atención se ha dirigido, las más de las veces, a aquellos contenidos referidos a realidades sociales, al juicio de la Iglesia sobre problemas suscitados por corrientes históricas contemporáneas, y a aspectos fundamentales de la vida política e internacional.

(...) Pero el magisterio de la Iglesia, que abarca todo cuanto se relaciona con la vida moral del hombre, individual y socialmente, tiene su centro de perspectiva y su núcleo en la revelación del misterio, realizada plenamente en Cristo, por el que la humanidad ha recibido la salvación que viene del designio misericordioso de Dios. La economía de la salvación humana, desde el anuncio del amor de Dios, es un objeto mucho más profundamente significativo, y nunca han faltado documentos pontificios referentes a estos temas nucleares de la revelación: los papas en sus encíclicas han hablado del Corazón de Cristo, de María y su oficio en la Redención humana, del Espíritu Santo y de su presencia en la Iglesia, de la sagrada liturgia y de la Iglesia como Cuerpo místico de Cristo, de la dignidad real de Jesucristo, y también, en muchos casos, de ejemplos de espiritualidad y santidad.

Hay que reconocer, no obstante, que en la historia del magisterio pontificio moderno la segunda encíclica del papa Juan Pablo II muestra una fisonomía singular. El documento apenas contiene otras referencias que las tomadas de la Sagrada Escritura y viene a ser una auténtica predicación del Evangelio, un anuncio del misterio de Dios que es «Amor» y de la acción salvadora movida, como la misma creación del universo, por un designio de efusión amorosa en beneficio del hombre. El Papa anuncia así al mundo de hoy, con las palabras de la Sagrada Escritura, y con el tono y estilo de quien sabe que tiene que hacerse oír por los hombres de nuestro tiempo, lo que enseñaron a la Iglesia para todos los tiempos los Apóstoles, y lo que ya los escritores sagrados en el Antiguo Testamento revelaron al pueblo de Israel.

Sólo desde una perspectiva naturalista, cerrada en el horizonte de un antropocentrismo inmanen-

tista, podría interpretarse este documento como de menor actualidad para la situación contemporánea. El documento de Juan Pablo II, que exige una lectura atenta y orientada hacia la meditación y la plegaria, y que debería ser acompañado por la atención a los textos bíblicos citados, es una de las palabras más penetrantes y más vivamente actuales pronunciadas por la Iglesia en nuestro siglo.

El Papa tiene plena conciencia de la tentación contemporánea, secularista y arreligiosa, desde la que el hombre llega a sentir como una repugnancia instintiva a la idea misma de misericordia. Pero sabe también que su anuncio es el deber fundamental de la Iglesia de Cristo, y que por lo mismo es también su derecho. Un derecho-deber de la Iglesia en el que ésta ejercita su amor a Dios en Cristo, y su amor a los hombres urgido por el mismo amor misericordioso de Dios.

Ante una sociedad que enfrenta a veces la idea de justicia a la de misericordia, exigiendo la exclusividad de aquélla, la enseñanza del Papa le pone ante sus ojos la trágica insuficiencia del exclusivismo de la justicia, tantas veces traducido en las más crueles injusticias. Esta dimensión de la encíclica, en cuanto diálogo con la mentalidad contemporánea, se expresa en intencionados análisis por los que este documento, conscientemente «teocéntrico», viene a ser uno de los más ricos en oportunas orientaciones para la vida social.

Porque la misericordia de Dios plenamente revelada en Cristo es también el ejemplo inspirador de la actitud moral cristiana. «Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia.» El Papa llama nuestra atención hacia esta palabra de Jesús como programa del Pueblo de Dios en el mundo. Y en aquel desarrollo concreto y rico de matices, pensado sobre la complejidad de los problemas del mundo de hoy, este principio se despliega en orientaciones eficazmente prácticas, que abarcan desde un orden internacional más justo, hasta las relaciones humanas más íntimas y delicadas, como son la vida de familia y las tareas educativas.

Para los devotos del Corazón de Cristo, la encíclica *Dives in misericordia* nos trae también el gozo de ver referido al culto al Corazón de Jesús el ejercicio más completo y profundo de la contemplación del misterio del amor misericordioso de Dios.

La misericordia según santo Tomás

LUCAS PABLO PRIETO, HNSSC

La revelación de Dios

SANTO Tomás afirma en la *Suma de teología* de modo claro y directo que la misericordia hay que atribuirla a Dios máximamente (cf. I q. 21 a. 3 c), y al tratar de este tema referido al hombre, sostiene que en sí misma es la mayor de las virtudes (cf. II-II q. 30 a.4 c). Ambas afirmaciones, que luego tendremos ocasión de precisar, no deben sorprendernos, pues no son sino la expresión razonada de lo que se contiene en la revelación cristiana, marco en el cual se desarrolla la reflexión del Aquinate.

Ya en el Antiguo Testamento Dios se manifestó de palabra y de obra a nuestros padres como «Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira, y pródigo en amor y fidelidad» (Ex 34,6). Baste recordar cómo el pueblo escogido rechazó muchas veces la Alianza que amorosamente el Señor le ofrecía, y cómo a pesar de ese pecado Dios permaneció fiel a su elección; o quizás se puede también volver a considerar la historia de Oseas (cf., por ejemplo, Os 11, 8-9), imagen de la relación entre Dios y su pueblo, para comprender que el Señor desde el inicio de su revelación a los hombres se ha mostrado siempre como «el misericordioso».

Pero como dice el papa Benedicto XVI, «este actuar de Dios adquiere (en el Nuevo Testamento) su forma dramática, puesto que, en Jesucristo, el propio Dios va tras la “oveja perdida”, la humanidad doliente y extraviada» (*Deus caritas est* 12). En efecto, es justamente en Nuestro Señor Jesucristo donde la misericordia divina aparece en toda su amplitud y profundidad, y más concretamente en su Corazón traspasado, pues es ahí donde comprendemos hasta dónde llega el amor de Dios.

Aunque esto parezca evidente tiene, sin embargo, una importancia capital, pues el centro de la revelación cristiana, que puede quizás sintetizarse en aquella frase de san Juan «*Deus caritas est*» (1Jn 4, 16), nos abre en una nueva perspectiva un modo de relacionarnos con Dios desde la primacía de la gratuidad divina. Y es precisamente en esta gratuidad del amor de Dios, que frente a nuestro pecado se ha manifestado como misericordia, donde arraiga uno de los pilares más importantes del pensamiento del

santo doctor. En efecto, y aunque no podamos desarrollarlo aquí extensamente, la metafísica tomista de la comunicatividad del acto y de lo perfecto encuentra en esta revelación de Dios como caridad su expresión más acabada, y por decirlo de alguna manera, el arquetipo de toda otra actividad donativa y gratuita que pueda realizar cualquier criatura (cf. *De Pot* q. 2 a.1 c; I q. 32 a. 1 ad 3).

¿Qué es la misericordia?

PERO ahora podemos preguntarnos, ¿qué es la misericordia? Etimológicamente esta palabra está compuesta por *miser* (miseria), que nos remite a un mal o carencia ajeno, y *cor* (corazón), que nos indica cómo esa pobreza descubierta en el otro entra a formar parte de la propia intimidad. De este modo, la misericordia es propiamente hablando la compasión que experimenta alguien en su corazón frente a la miseria ajena, compasión que nos impele a socorrer y remediarla en la medida de nuestras posibilidades (cf. I q. 21 a. 3 c; II-II q. 30 a. 1 ad 2). Como dice el teólogo dominico Bonino, «es un dolor espiritual provocado en nosotros por el conocimiento de la presencia destructora del mal

La misericordia no es un problema de piadosa sensibilidad, sino un real apropiamiento de la desgracia del prójimo causado principalmente por la caridad (cf. S. Th. II-II q.32 a.1 c).

en el otro; del mal sensible, ciertamente, pero también y sobre todo del mal espiritual, es decir, el pecado que hunde a la criatura espiritual en la miseria más profunda, porque la priva de la felicidad en Dios a la que está ordenada».

En este sentido la misericordia es una especie de tristeza que se experimenta frente al mal ajeno, pero que en lugar de retraer la operación, incita a la obra y mueve eficazmente a rectificar lo que era causa de la miseria. Por eso la misericordia no es un problema de piadosa sensibilidad, sino un real apropiamiento de la desgracia del prójimo causado principalmente por la caridad (cf. II-II q. 32 a. 1c).



Santo Tomás de Aquino

El Dios de la misericordia

PUEDE resultar complejo, sin embargo, aplicar esta noción de misericordia a Dios. Una de las afirmaciones más claras de la tradición teológica católica es que Dios es impassible, lo cual significa que en Él no puede haber ninguna pasión ni sentimiento ni emoción, no sólo porque siendo espíritu, no puede tener movimientos vinculados a lo corpó-

La misericordia en Dios es la oposición firme de su voluntad a cualquier mal, oposición que no se realiza en la venganza, sino en el perdón que vuelve a ofrecer la amistad divina a la criatura espiritual.

reo, sino sobre todo porque siendo «Acto puro», no puede estar afectado por las cosas externas a Él (cf. CG I, 89). Santo Tomás responde a esta objeción de modo simple diciendo que en Dios la misericordia se encuentra «en cuanto al efecto y en cuanto al afecto en la voluntad, pero no en cuanto a la pasión» (I q. 21 a. 3 c). O como dice en otro lugar:

«Cuando atribuimos la misericordia a Dios es necesario tomarla según el modo propio de Dios, y cuando la consideramos en el hombre según el modo humano. Se da misericordia en el hombre cuando se

compadece de las miserias ajenas [...], pero esto no puede darse en Dios, pues Dios es impassible y no padece, ya que la compasión es la pasión que consiste en tomar la tribulación del otro en sí mismo. [Por ello], hay misericordia en Dios cuando aparta de cada cosa la miseria, entendiendo por miseria cualquier defecto o carencia». [In Ps. 24, 8].

Esto significa que en Dios la misericordia no se da como en los hombres, acompañada de una afección sensible, sino como una voluntad firme de vencer el mal mediante el perdón. Nuestro Señor propiamente no experimenta nuestra miseria, pero la remedia eficazmente por su bondadosa omnipotencia. En otras palabras, la misericordia en Dios es la oposición firme de su voluntad a cualquier mal, oposición que no se realiza en la venganza, sino en el perdón que vuelve a ofrecer la amistad divina a la criatura espiritual.

Pero para comprender más plenamente qué es esta misericordia divina, conviene recordar primero una particularidad del amor divino. En cualquier criatura, lo propio del amor es que siga al descubrimiento de un bien. Si nosotros amamos o queremos algo es porque hemos descubierto que tal o cual cosa es buena, y por ello puedo amarla. Esto significa que nuestra relación con el objeto amado es una relación entre efecto y causa, pues en las criaturas la bondad de la cosa es siempre en cierto modo la causa que provoca mi amor (cf. I q. 20 a. 2 c; I q. 5 a. 1 c). Por eso no es raro que entre los hombres siempre sea amado lo que en su propio orden es lo mejor. Como dice el Aquinate:

Nuestra voluntad no es causa de la bondad de las cosas, sino que por ella se mueve como a su objeto. Nuestro amor, por el que queremos el bien a alguien, no es causa de la bondad del mismo, sino que por el contrario, es su verdad (ya verdadera, ya aparente)

la que provoca nuestro amor, por lo que queremos que conserve el bien que posee y alcance el que no tiene. Pero el amor de Dios infunde y crea la bondad de las cosas. [I q. 20 a. 2 c].

El problema surge cuando extrapolamos aquella estructura a Dios, pues de hecho en

Dios ocurre justamente lo contrario. Él no ama las cosas porque sean buenas, sino que son buenas porque Él las ama, y en este sentido el amor de Dios es constituyente de la bondad de las cosas, mientras que el amor humano depende de ellas. Esto es lo que significa que Dios es amor y que Él nos ha amado primero: no nos ama porque seamos los mejores o al menos buenos o porque poseamos tal o cual cualidad o porque hayamos merecido su reconocimiento. Él nos ama por nada, o mejor dicho, nos ama porque es bueno. Ésta es la gratui-

dad absoluta del amor divino que funda toda vida cristiana. Pensar que debemos ser buenos para que Dios nos ame es no haber comprendido nada del mensaje evangélico.

Santo Tomás, para reafirmar esta verdad fundamental se pregunta si acaso Dios no ama más a los mejores, a lo cual responde afirmativamente, pero añadiendo: no porque la perfección le haya movido a eso, sino debido a que si tienen más es porque Dios ha querido gratuita y libremente darles más (I q. 20 a. 4 c), es decir, son mejores porque son más amados, no son más amados porque sean mejores. Donde más claramente se puede ver esto es en la santísima Virgen María, pues a ella Dios quiso llenarla completamente de sus dones, no porque ella lo hubiera antes merecido, sino por su infinita bondad.

Ahora se puede comprender mejor la profundidad de la misericordia, pues lo que ésta añade al puro amor divino es la re-donación frente al pecado. Es decir, el amor de Dios no se detiene ni siquiera ante nuestro mal moral, sino que, por el contrario, frente a él obra desde su misma gratuidad volviendo a ofrecernos toda su plenitud y recreando sobrea-bundantemente sobre las ruinas de nuestro pecado. Incluso podemos decir que nuestro pecado atrae la misericordia divina, no en cuanto pecado, sino en cuanto al efecto moral y espiritual de miseria que deja en nosotros, pues ofrece a Dios la posibilidad de derramar sus gracias como sólo Él sabe hacerlo: por pura gratuidad y misericordia. En este sentido y algo audazmente, un cristiano puede decir que Dios le ama no a pesar de su pecado, sino a causa de él (sin sacar ninguna extraña conclusión de que

ahora podemos permanecer en el pecado, toda vez que ser amados por Dios significa ser recreados en la condición de redimidos).

En cualquier obra de Dios, la misericordia supera la justicia

POR otra parte, al hablar en nuestros días de la misericordia suele contraponerse a ésta dialécticamente la justicia, como dos actitudes o comportamientos contradictorios frente a un único problema. Para santo Tomás tal enfrentamiento no existe, y por eso puede tranquilamente decir que Dios obrando misericordiosamente no obra contra la justicia, y viceversa, e incluso sintetizar la relación que existe entre ellas afirmando que en toda obra de Dios la misericordia sobrepasa a la justicia, ya que la justicia presupone siempre alguna obra de misericordia (cf. I q. 21 a. 4 c; III q. 46 a. 2 ad3).

El amor de Dios no se detiene ni siquiera ante nuestro mal moral, sino que, por el contrario, frente a él obra desde su misma gratuidad volviendo a ofrecernos toda su plenitud y recreando sobrea-bundantemente sobre las ruinas de nuestro pecado.

Para mostrar la profunda coherencia entre la justicia y la misericordia conviene citar directamente a santo Tomás:

«Dios actúa misericordiosamente no haciendo algo contrario a su justicia, sino obrando algo superior a la justicia; como si alguno al que se le deben cien denarios alguien le da doscientos de los suyos,

Si Dios se detuviera en la justicia dejaría de ser Dios, sería como todos los hombres que invocan respeto por la ley. La justicia por sí misma no basta, y la experiencia enseña que apelando solamente a ella se corre el riesgo de destruirla. Por esto Dios va más allá de la justicia con la misericordia y el perdón. Esto no significa restarle valor a la justicia o hacerla superflua, al contrario. Quien se equivoca deberá expiar la pena. Sólo que éste no es el fin, sino el inicio de la conversión, porque se experimenta la ternura del perdón.

FRANCISCO; de la bula *Misericordiae vultus*



esto no es contra la justicia, sino obrar misericordiosa y liberalmente. Y lo mismo si alguno perdona las ofensas recibidas. Pues quien perdona, en cierto modo dona algo, de ahí que el Apóstol diga *donaos mutuamente, como Cristo se donó a vosotros*. De ahí que sea patente que la misericordia no suprime la justicia, sino que es como la plenitud de la justicia. Por eso dice Santiago que *la misericordia supera el juicio*. [I q. 21 a. 3 ad 2].

E incluso, mirando más atentamente, hay que decir que la misericordia no sólo supera la justicia, sino que la funda, pues también lo que Dios ha querido darnos congruentemente presupone siempre una comunicatividad primera de ningún modo debida. Por eso, para pensar y comprender todo el orden de cosas dado, es «necesario llegar a algo que sólo dependa de la bondad de la divina voluntad» (I q. 21 a. 4 c).

Misericordiosos como el Padre

EL descubrimiento de esta misericordia divina nos recuerda de modo inmediato la infancia espiritual de santa Teresita del Niño Jesús. En efecto, este *caminito del todo nuevo*, no es sino la verdadera actitud que debemos tener frente a un Dios que se nos ha revelado como misericordia. Nuestra miseria lejos de repugnarle produce en Él (por decirlo de algún modo) un movimiento que le impulsa a llenarla y colmarla. «Lo que le agrada [a Dios] es verme amar mi pequeñez y mi pobreza, es la esperanza ciega que tengo en su misericordia» (carta 197). La misma santa comentaba a su hermana en el lecho de su muerte:

«Podría creerse que si tengo una confianza tan grande en Dios es porque no he pecado. Decid muy claramente, madre mía, que aunque hubiera cometido todos los crímenes posibles, seguiría teniendo la misma confianza: sé que toda esa muchedumbre de ofensas sería como una gota de agua arrojada en un brasero encendido». (*Últimas conversaciones, Cuaderno amarillo*, 11 de julio de 1897).

Por último, y como citábamos al principio, la misericordia es entre las virtudes morales la más alta, porque a ella «compete volcarse en los otros, y lo que es aún más, socorrer sus deficiencias» (S. Th. II-II q. 30 a. 4 c). Es una virtud muy excelente porque consiste en comunicar lo que uno ya previamente ha recibido. Y como hemos recibido de Dios la caridad y la vida nueva en el Espíritu, la misericordia en el hombre es la máxima de las virtudes porque transmite lo que constituye el centro del obrar divino. Por eso el papa Francisco al convocar un año santo de la misericordia ha elegido como lema «misericordiosos como el Padre», pues es tanto una invitación a acoger la gracia, el perdón y el amor divino, como una invitación a compartir los bienes que se nos han dado (sobre todo practicando las obras de misericordia, ya corporales, ya espirituales, que resumen de algún modo la vida cristiana en cuanto a las obras exteriores, cf. S. Th. II-II q. 30 a. 4 ad 2), recordando siempre que la fuente de todos los bienes es la misericordia del Padre.

La misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia. La credibilidad de la Iglesia pasa a través del camino del amor misericordioso y compasivo. La Iglesia «vive un deseo inagotable de brindar misericordia».

FRANCISCO; de la bula *Misericordiae vultus*

CONGRESO COR IESU, VULTUS MISERICORDIAE

Barcelona, del 31 de marzo al 3 de abril de 2016

«No me miréis sino a través del rostro de Jesús y en su Corazón ardiendo de amor»

(Santa Teresa del Niño Jesús y la Santa Faz, del acto de ofrenda al Amor misericordioso)

www.istomas.org/coriesu - coriesu@istomas.org



Organizadores: Apostolado de la Oración, Schola Cordis Iesu, Instituto Santo Tomás (Balmesiana), templo Expiatorio Nacional del Tibidabo, basílica de Nuestra Señora de la Merced, Instituto Internacional del Corazón de Cristo, Aulas de Teología desde el Corazón de Cristo.

Presentación: Todas estas diversas instituciones, bajo la mirada misericordiosa del Corazón de Jesús desde lo alto del templo del Tibidabo, desean unirse al Santo Padre y a toda la Iglesia para recibir, enseñar y celebrar la Misericordia. Por eso han decidido organizar el Congreso COR IESU, VULTUS MISERICORDIAE, en continuidad con el celebrado en 2007, «Cor Iesu, Fons vitae». El congreso tendrá lugar en Barcelona los días del

31 de marzo al 3 de abril de 2016, dentro de la Octava de Pascua, culminando en el domingo de la Divina Misericordia.

Y estando estas instituciones guiadas por las enseñanzas de santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, han centrado el congreso en la misericordia a la luz del camino de infancia espiritual de «la santa más grande de los tiempos modernos». Sus reliquias y las de sus padres estarán presentes en todos los actos del congreso.

PROGRAMA

JUEVES 31 DE MARZO (primer viernes)

19.30 h. Santa Misa

Testimoniar la misericordia (Instituto Santo Tomás, Balmesiana)

20.15 h. Veneración de las reliquias de santa Teresita y de sus padres

19.30 h Testimonio: Tim Guénard

20.30 h. Procesión de las reliquias hasta la Balmesiana

VIERNES 1 DE ABRIL (primer viernes)

SÁBADO 2 DE ABRIL (primer sábado)

CELEBRACIÓN PENITENCIAL (basílica de Nuestra Señora de la Merced)

JORNADA ACADÉMICA (Fundación Balmesiana)

17.00 h. Inauguración del congreso COR IESU, VULTUS MISERICORDIAE

08.30 h. **Santa Misa**

09.30 h. *Sesión I: La misericordia del Corazón de Cristo: principios teológicos (I)*

17.20 h. Ponencia inaugural: «Dios, rico en misericordia», Mons. Demetrio Fernández, obispo de Córdoba

«La misericordia divina en la Sagrada Escritura», D. Ignacio M^a Manresa, Hnssc

18.15 h. Hora Santa – Confesiones – Predicación de Mons. Romà Casanova, obispo de Vic

«La misericordia divina según santo Tomás de Aquino», Dr. Enrique Martínez

12.00 h. Sesión II: La misericordia del Corazón de Cristo: principios teológicos (II)

«Dios es el Dios del corazón humano: la misericordia divina según san Francisco de Sales», Dr. Jaime Pérez-Boccherini, pbro.

«El sacramento de la penitencia: a la fuente de la Misericordia», Dr. Joan Antoni Mateo, can.

«María, Madre de Misericordia: esperanza para nuestro mundo», Dr. Francisco M^a Fernández, pbro.

11.00 h. Descanso

12.00 h Sesión III: apóstoles de la misericordia del Corazón de Cristo

«El Corazón de Jesús, fuente de misericordia: La misericordia del Corazón de Cristo en santa Margarita M^a», D. Juan J. Infantes, pbro.

«La humanidad no encontrará paz hasta que no se dirija a la Misericordia divina. El mensaje de Jesús a santa Faustina Kowalska», Dr. Marcin Kazmierczak

«San Pío y san Leopoldo: apóstoles del confesionario», Fra Valentí Serra de Manresa OFM^{cap}

14.00 h Comida

16.00 h Sesión IV: La misericordia del Corazón de Cristo según santa Teresa del Niño Jesús

«La familia, hogar de misericordia en los santos esposos Luis y Celia Martin», Dr. José M^a Alsina

«En el corazón de la Iglesia yo seré el amor: La Iglesia, casa de misericordia en santa Teresa del Niño Jesús», Dr. Recaredo J. Salvador, pbro.

«Ante Dios como un niño. El descubrimiento del Dios misericordia en santa Teresa del Niño Jesús», D. José M^a Alsina Casanovas HNSSC

19.00 h. Ponencia de clausura: «El Amor Misericordioso en el Acto de ofrenda de santa Teresita», P. François-Marie Lethel, OCD

20.00 h. Vísperas, veneración de las reliquias de santa Teresita y sus padres, y bendición

DOMINGO 3 DE ABRIL, de la Divina Misericordia

CELEBRACIÓN DE LA MISERICORDIA DEL CORAZÓN DE CRISTO (Templo expiatorio nacional del Sagrado Corazón del Tibidabo)

10.30 h. Sesión V: las obras de misericordia

«Visitar al enfermo», Servidoras de Jesús del Cottolengo

«Visitar al que está en la cárcel», P. José M^a Carod, OM

«Consolar al que está triste: Proyecto Raquel», Sra. Teresa Lamarca

«Enseñar al que no sabe», D. Emili Boronat

12.30 h. Santa Misa

14.00 h. Comida

15.00 h. Hora de la Misericordia y veneración de las reliquias de santa Teresita y de sus padres

16.00 h. Representación teatral: «El triunfo de la misericordia y de la justicia, entre el Purgatorio y el Paraíso».



*Mosaico de la Divina Misericordia
Santuario de San Maximiliano M^a Kolbe, Ciudad de la Inmaculada
Niepokalanów (Polonia)*

Fray Juan de Molina y Entrena (1579-1652): la misericordia en la orden mercedaria

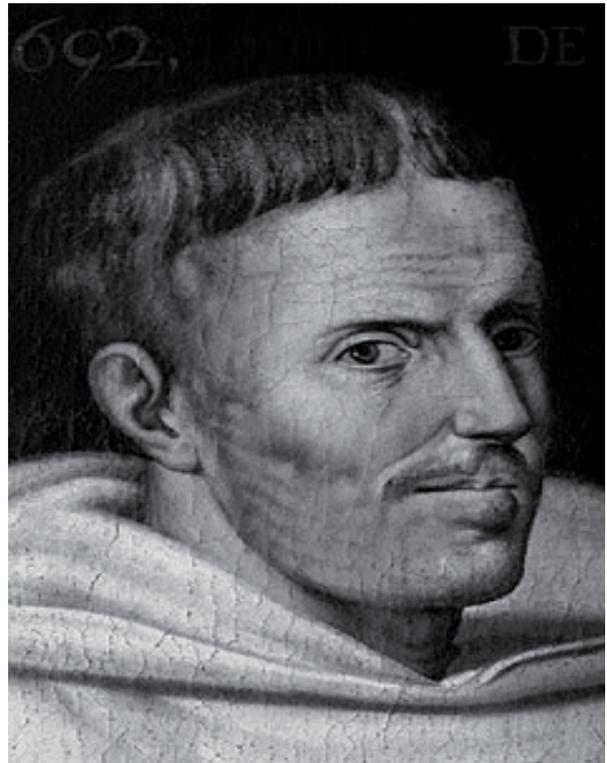
MARÍA PILAR SAURA PÉREZ

En el Año Santo de la Misericordia es edificante recordar como llevó a cabo la acción misericordiosa uno de sus venerables mercedarios, fray Juan de Molina y Entrena, nacido en Carenas (Zaragoza) en 1579 y cuya vida estuvo llena de prodigios, obediencia y amor por los demás. El artículo es un resumen basado en el libro Fray Juan de Molina y Entrena (1579-1652): venerable mercedario camino de santidad editado por la investigadora María Pilar Saura Pérez.

LA Orden de la Merced se aproxima a los ochocientos años desde su fundación por san Pedro Nolasco en 1218. Como señala la Orden: «La Merced es clamor de libertad. Es apostar por el hombre, amar sin reciprocidad, anteponer al otro, dar la vida en caridad. A principios del siglo XIII se agudiza patéticamente la monstruosidad del cautiverio. Miles y miles de cristianos caen en poder de enemigos de su fe, vejados, degradados y tentados de apostatar. El Cielo quiere intervenir, va a operar una segunda redención, similar, según la reflexión mercedaria, a la realizada por Cristo. Mas la Trinidad santa necesita de un hombre, del instrumento. Y lo encuentra en Pedro Nolasco. Es un veinteañero barcelonés, predispuesto por una exquisita probidad y la más primorosa sensibilidad social. Con él creció la misericordia». Los mercedarios añadieron a la regla de san Agustín el cuarto voto de asumir que la vida no les pertenece y estar dispuestos a quedarse como rehenes por los cautivos cristianos y a morir por ellos.

Fray Juan de Molina y Entrena, hijo de Juan de Molina e Isabel Entrena, nació en 1579 en el pueblo de Carenas (Zaragoza), situado a diez kilómetros del Monasterio de Piedra, perteneciente a la comarca de Calatayud. El 28 de octubre de 1579 recibió el bautismo en la parroquia de la Asunción. Los padres del joven Molina le enviaron a estudiar gramática a la ciudad de Calatayud y en cuanto estuvo preparado para entrar en religión, que era lo que deseaba, tomó el hábito mercedario con casi diecisiete años. Este primer hecho tan importante de su vida ocurrió el 17 de octubre de 1596, en el convento mercedario de San Agustín.

Según su principal hagiógrafo Fr. Francisco Neyla: «El novicio Molina obedecía en silencio las pruebas que le ponía su Maestro y era puntual en los actos de la comunidad, respetando el retiro, de forma que era un ejemplo para los demás. Consideraban rara su compostura en el coro y buscaba muchos momentos de silencio para añadir sus pro-



Retrato del venerable fray Juan de Molina y Entrena con la edad de 73 años en el momento de su muerte.

pias oraciones a las de la comunidad, en la noche y el retiro de su celda». Profesó un año después, en 1597, realizó estudios de Artes y Teología y alcanzó el grado de presentado en 1615.

Al apreciar sus talentos, decidieron que se dedicase a gobernar conventos, y en el Capítulo de Daroca de 1619 fray Juan de Molina fue nombrado comendador del convento de San Agustín de Calatayud, cargo en el que permaneció hasta 1624. De esta etapa destaca Neyla que «gobernó de modo su encomienda, que más parecía el convento un remedo del Cielo, que congregación de la tierra. Su ejemplo y observancia de todas las leyes de la religión, era seguido por los frailes, siendo su condición apaci-

ble, su trato muy benigno, el corazón compasivo».

Fray Juan de Molina fue elegido por primera vez comendador de San Lázaro de Zaragoza en 1624, fue reelegido en diversos periodos que suman más de doce años. Según Neyla: «En la provincia de Aragón logró copiosa cosecha de admirables frutos de todas las virtudes y sus súbditos le amaban con entrañable afecto».

En el capítulo provincial celebrado en El Olivar en 1628, el padre Molina es nombrado definidor de provincia y redentor por la provincia de Aragón. El maestro general, que era fray Juan Cebrián, envió al padre Molina como visitador de la provincia de Andalucía, donde fue respetado con gran veneración. En 1634 alcanzó el grado de maestro en teología en el colegio mercedario de Huesca.

En cumplimiento de su voto de obediencia, el padre Molina fue ocupando diferentes cargos dentro de la orden de la Merced en los que dedicó su esfuerzo y oración. En 1636 fue nombrado comendador del convento mercedario de Santa Eulalia de Pamplona, cuando contaba con 57 años. En el capítulo celebrado en Barbastro en 1637, tuvo lugar la elección del padre Molina como provincial, por lo que tuvo una gran responsabilidad en numero-

El padre Molina participó en dos redenciones en Túnez (1634) y Argel (1639) en las que rescató a 227 cautivos. Lo más interesante es que conocemos el nombre y apellidos, y la procedencia y edad, de todos los rescatados.

sos eventos y decisiones de la Orden de la Merced, como consta en los registros del Archivo de la Corona de Aragón.

Con todo lo que está pasando en los últimos tiempos cobra mayor relevancia el papel que desempeñó la Merced como orden redentora de cautivos cristianos que eran apresados por los musulmanes y corrían el peligro de tener que renegar de su fe. El padre Molina participó en dos redenciones en Túnez (1634) y Argel (1639) en las que rescató a 227 cautivos. Lo más emocionante es que conocemos el nombre y apellidos, y la procedencia y edad, de todos los rescatados.

La primera redención realizada por fray Juan de Molina fue en Túnez, transcurrió desde abril de 1633 hasta Semana Santa del año siguiente. En la redención estaban junto al padre Molina el catalán Fr. Gaspar Castellón y el italiano Fr. Francisco de Judicis, y rescataron a 113 cautivos. El papa Urbano VIII recibió a los redentores y cautivos liberados que fueron en una emocionante procesión desde el

convento mercedario de San Adrián en Roma ante su presencia, donde recibieron la bendición e indulgencias.

De la redención en Túnez señaló el cronista de la Merced fray Gabriel Téllez (Tirso de Molina) que: «Al desembarcar en Barcelona, le registraron las guardas, como suelen, y quedaron edificados al paso que corridos, porque cuando creyeron hallar en un baulillo viejo, que traía, piezas y curiosidades de valor, ultramarinas, encontraron solamente un gabero lleno de remiendos, algunos granos de incienso y un poco de azúcar candi, que en Túnez le presentó uno de sus cautivos. Tan limpias sacó este gran padre las manos del dinero y la codicia y tan dignamente le mereció su provincia por cabeza, para cuyas alabanzas nos está dando su modestia tapavocas».

Señaló Téllez sobre la redención en Túnez que «Tiene esta acción tantas circunstancias, que saben a milagro, tanta de la sazón con que los casos peregrinos, y fuera de la noticia de los curiosos, entretienen, y tanta autoridad, el que me remitió la información de sus sucesos, que fue el mismo padre maestro y redentor Molina, provincial en Aragón ahora, y tan fidedigno que, cuando en España no estuvieran testigos verdaderos, él por sí solo sobrara para darla crédito».

En la redención de Túnez de 1634, fray Juan de Molina señaló su intención de «quedarse en rehenes» cuando faltase el dinero, en cumplimiento del cuarto voto de los mercedarios.

Según el padre Neyla «en el afecto quedó cautivo pues su caridad le hizo tener toda la vida atravesado el corazón con la

compasión y lástima de lo que padecen los cautivos en poder de los infieles». Por eso conseguía muchas limosnas y legados a favor de la redención.

En las cuentas de la redención de Túnez, el padre Molina especifica al detalle todas las partidas, cuyo gasto final fue de 10.830 escudos. De los rescatados, con una mayoría de varones destacan –tal como constan– por su origen los siguientes grupos: España: ventiún catalanes, cinco aragoneses, cuatro mallorquines, dos castellanos, dos andaluces, dos navarros, un madrileño y un gallego; Italia: catorce napolitanos, nueve venecianos, nueve sardos, cinco sicilianos, cuatro genoveses, cuatro calabreses, uno de Bolonia, uno de Florencia y uno de Roma; otros lugares: dos húngaros, dos portugueses, dos polacos, un francés, un moscovita y un maltés.

En la segunda redención fray Juan de Molina era provincial y contaba con 59 años. El destino fue Argel y se realizó en julio de 1639. Le acompañó el padre Miguel Miralles de Valencia y rescataron a 114 cautivos, sin contar los que pagaron su propio rescate.

El cronista Téllez resaltó la sencillez del provincial Molina que fue caminando desde Zaragoza al puerto de Barcelona: «comenzó desde su patria a atesorar los méritos que los trabajos y sudores medran a los que con perfección desean adquirir el blasón de redentores, extrañeza en este siglo casi prodigiosa, donde las comodidades y ostentaciones vanas se han incorporado de manera con las prelacías y cargos religiosos, que el no añadir autoridades se juzga a menoscabo. ¿Provincial de la Merced y a pie por los caminos?, *Rara avis in terra*. Confusión de concurrentes, aunque la presunción lo bautice por desaire».

De los rescatados destacan por su origen los siguientes grupos: de la provincia de Alicante: sesenta y nueve de Calp (que había sufrido un ataque de los piratas dos años antes), cinco de Alicante y uno de Villajoyosa; de la Provincia de Valencia: cuatro de Valencia, uno de Alcubias, uno de Gandía y uno de Oliva; de la provincia de Castellón: uno de Castellón de la Plana y uno de Borriana; de otras provincias y ciudades: cinco de Baleares, tres de Barcelona, tres de Zaragoza, dos de Galicia, uno de Murcia, uno de Pamplona y uno de Sevilla; de otro país: doce de Portugal. La redención de Argel regresó a España por el puerto y barrio del Grau de Valencia, donde hubo una procesión de los rescatados con los que se volcó la población.

La escultura del *Ecce homo*, que fray Juan de Molina rescató de Argel y al que hizo una hermosa capilla con gran devoción en la iglesia de San Lázaro, tras la desamortización y diversos avatares, fue enviada a la iglesia de San Pedro Apóstol en Villar de los Navarros que había perdido muchos bienes en la guerra civil.

El convento de San Lázaro estaba comunicado con la ciudad de Zaragoza por el puente de Piedra, pero la riada del Ebro de 1643 provocó el desplome de dos arcadas. La evacuación del convento llevada a cabo por el comendador Molina estuvo acompañada de prodigios. Puso a salvo a los religiosos y cruzó en una pequeña barca, en medio de una rápida corriente y ante el asombro general, con algunas escrituras que rescató. Tanto la inundación como el aislamiento, llevaron a los mercedarios a tomar la decisión de fundar en la ciudad el Colegio Universitario de San Pedro Nolasco, del que se tuvo que hacer cargo el padre Molina algunos años.

El padre Molina destacaba en el cumplimiento estricto de los votos. En el de obediencia haciendo siempre lo que le mandaban sus preladados a pesar de que anhelaba el retiro «por su espíritu tan entregado



Escultura del Ecce Homo que fray Juan de Molina rescató de Argel

a la contemplación». Sobre su voto de castidad, el padre Neyla destaca de Molina que «la vista la llevaba en tierra y el corazón en el Cielo, sus palabras resonaban pureza, sus acciones eran vivo modelo de recato». El padre Molina persuadía a los religiosos sobre la importancia de esta virtud, y sabía que era importante el retiro, y contra el vicio, la mortificación y la abstinencia.

El padre Molina se dejaba guiar por la Providencia divina. Según Neyla lo grande de la fe del padre Molina lo testificó el Cielo con repetidos prodigios. Por ejemplo a su fe debió el convento de San Lázaro su manutención y aumento, «gracias a todo el esfuerzo que realizaba y sus peticiones a Dios, para que les enviasen ayudas que tenían todos por milagrosas y nacidas de la segura fe con que el padre co-

Los mercedarios añadieron a la regla de san Agustín el cuarto voto de asumir que la vida no les pertenece y estar dispuestos a quedarse como rehenes por los cautivos cristianos y a morir por ellos.

mendador las pedía a Dios». Como reina de las virtudes «destacaba la caridad en el corazón encendido del maestro Molina», que manifestaba en el amor al prójimo. En sus meditaciones ponderaba la bondad sin límite y la piedad sin tasa. Despreciaba los bienes materiales y por eso mostraba desinterés por las riquezas, y recibía con alegría todo lo adverso.

D. Agustín Salazar, que era racionero del Pilar, fue testigo de los arrobos del padre Molina. Como enfatiza Neyla: «las ansias santamente impacientes con que se arrebatava su corazón ardiente eran

con frecuencia, especialmente los últimos años de su vida, cuando cansado de ella, como de estorbo para unirse a su amado, con lazo indisoluble, solía repetir los afectos del Apóstol, deseando desatarse de las prisiones del cuerpo para vivir con Cristo. De aquí le procedían los éxtasis, y arrobos, que con mucha frecuencia padecía: los cuales aunque de ordinario pasaban en el retiro de su celda, más como por ser sordo y prelado no podía cercarse, muchas veces lo hallaron en profundos arrobos».

D. Miguel Antonio de Urrutigoyti, arcediano de Zaragoza, «yendo a visitarle, y entrando por su celda sintió tiernos coloquios, detúvose con pasmo, y discurriendo quien le podía hablar, entró y halló era el Niño Jesús quien respondía a los afectos de su Siervo». Esto testificó muchas veces dicho arcediano confirmando el crédito de la santidad del maestro Molina.

Según relata Neyla, la religiosa Sor Francisca Escartín del convento de Santa Catalina de Zaragoza «padecía dos achaques a su juicio, y de los médicos,

El padre Molina, destacaba en el socorro de las necesidades de sus prójimos. Visitaba a los enfermos y afligidos y si «veía disensiones, era el iris que desvanecía las borrascas, y dejaba los ánimos en tranquila serenidad». Recurrían a Molina todo tipo de personas, le visitaban príncipes y nobles para consultarle sus desconsuelos, a todos consolaba.

incurables. Tuvo la fortuna de hablar al M. Molina; le dio noticias de sus accidentes, tomó el relicario, y lo adoró, y quedó luego libre de ambas enfermedades y agradecida a tanto favor lo refería muchas veces, cuando hablaban del Siervo de Dios».

El padre Molina, destacaba en el socorro de las necesidades de sus prójimos. Visitaba a los enfermos y afligidos y si «veía disensiones, era el iris que desvanecía las borrascas, y dejaba los ánimos en tranquila serenidad». Recurrían a Molina todo tipo de personas, le visitaban príncipes y nobles para consultarle sus desconsuelos, a todos consolaba. Manifestó muchas veces el don de profecía, conocía con antelación cosas ocultas y venideras. De este don constan muchos ejemplos, como la predicción de la hora de su muerte que tuvo lugar a la una de la madrugada del 20 de diciembre de 1652, cuando contaba 73 años.

La muerte de fray Juan de Molina se produce por la peste que asoló España, y Zaragoza en particular, el año 1652. De forma prodigiosa todos se acercaron, se repartieron su ropa y hasta las vendas con su sangre, y no quemaron ni sus sábanas, ni la cama, sin resultar nadie contagiado. Respecto a la muerte del venerable Molina, según el padre Neyla: «El cuerpo quedó con una estraña hermosura, y tan flexible, como si estuviera vivo, tan ligero, que sobre ser de grande estatura lo podía mover, y levantar con facilidad el más débil. Al tiempo de espirar se vieron en el ayre sobre su celda luzes como de estrellas, que subían, y baxavan».

Fue enterrado en la capilla del Santo Eccehomo del convento de San Lázaro. Don Juan Cebrián, arzobispo de Zaragoza, pidió el Niño Jesús que tuvo siempre con gran veneración y el rosario, y sus disciplinas, el arcediano Miguel Antonio Francés de Urrutigoyti. Tras las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en 2007 donde se descubrieron los restos del convento de San Lázaro y su iglesia, se

decidió crear el museo denominado «Balcón de San Lázaro» cubriendo los restos del claustro del pozo. Entre los restos custodiados por el Museo de Zaragoza se trata de determinar si se encuentran los restos del padre Molina.

En el capítulo general celebrado en Huesca en 1682, treinta años después de la muerte de fray Juan de Molina, se ordena realizar informaciones de la

vida y virtudes de varios mercedarios y que se remitan al padre procurador de la Curia romana. Por Aragón, indican que se realice dicha información respecto al *venerable reverendo padre maestro Fr. Juan Molina, provincial*. Los informes del padre Neyla fueron publicados en la historia del convento de San Lázaro.

En julio de 2014, se recibió el permiso del padre provincial de Aragón para reproducir una estampa del venerable Molina, con el objetivo de llevarla cerca, y poder comunicar las gracias que conceda. Todavía queda mucho por hacer en el camino de la santidad del padre Molina.

A través del blog <http://frayjuandemolina.blogspot.com.es> añadiré nuevas informaciones o descubrimientos en torno a la figura de fray Juan de Molina y Entrena.



Tu misericordia, «de generación en generación»

Antiguo Testamento (II): el arco iris, signo de la segunda alianza

GERARDO MANRESA

TRAS la expulsión del paraíso a causa de su pecado, empezó una vida dura para nuestros primeros padres, Adán y Eva. Se les cerró el árbol de la vida y el hombre debía trabajar la tierra, de donde los había sacado Dios, para obtener los frutos para su sustento.

Adán y Eva tuvieron hijos que fueron dados a luz con dolor, y pocos años más tarde el mal, como consecuencia del pecado original, se apoderó de Caín que mató a Abel. Muertos ya Adán y Eva, sus hijos Caín y Set tuvieron descendencia, y poco a poco los hombres se fueron multiplicando sobre la tierra y Dios se dijo: «Mi aliento no durará por siempre en el hombre; puesto que es de carne, no vivirá más de ciento veinte años» (Gn 6, 3) como poniendo un límite a la vida del hombre, tras el pecado original.

Pero hasta la llegada del Sacrificio perpetuo, que remediaría al hombre de su gran pecado, Dios seguía amando al hombre y su misericordia no le permitía abandonarlo, pero veía su comportamiento y la corrupción que se extendía en la tierra.

«Viendo Yahvé cuanto había crecido la maldad del hombre sobre la tierra y como sus pensamientos y deseos sólo y siempre tendían al mal, se arrepintió de haber hecho al hombre en la tierra y dijo: “Voy a exterminar al hombre que hice de sobre la faz de la tierra; el hombre a los animales, a los reptiles y hasta las aves del cielo, pues me pesa de haberlos hecho”» (Gn 6, 6-7).

Pero la misericordia de Dios se fijó en un hombre que no se había contaminado con la maldad de toda la humanidad y por él cesó en su arrepentimiento, y tras salvar a su familia y destruir al resto de los hombres con el diluvio quiso hacer una alianza con Noé y su familia. El amor de Dios al hombre no le permitía dejar que la humanidad se perdiera y no aprovechara el gran don que el Señor quería darle, su vida divina. Y el Señor le dijo a Noé: «Veo que todo lo que vive tiene que terminar, pues por su culpa la tierra está llena de crímenes; los voy a exterminar con la tierra», (Gn 6, 13). Le hizo fabricar un arca y entrar en ella con toda su familia y una pareja de cada viviente, «pues tú eres el único hombre honrado que he encontrado en tu generación», (Gn 7, 1). Tras los cuarenta días que duró el diluvio, el agua dominó

aún sobre la tierra durante ciento cincuenta días hasta que encalló en los montes de Ararat. Tras la aventura náutica, Noé después de cuarenta días, «alzó un altar a Yahvé y tomando de todos los animales puros y de todas las aves puras, ofreció un holocausto», (Gn 8,20) Este sacrificio ofrecido por Noé simbolizaba la entrega de todo lo que poseía y marcó el momento de la alianza de Dios con él. Dios bendijo a Noé y a sus hijos diciéndoles: «Creced y multiplicaos y llenad la tierra y dominadla. Todos los animales de la tierra os temerán y respetarán: aves del cielo, reptiles del suelo, peces del mar están en vuestro poder», (Gn 9, 2). Pero les advierte seriamente sobre el derramamiento de sangre humana, pues el hombre está hecho a imagen de Dios, (Gn 9, 1-6). E hizo un pacto con Noé y su descendencia: «Yo hago un pacto con vosotros y con vuestros descendientes, con todos los animales que os acompañaron: aves, ganado y fieras. Hago un pacto con vosotros: el diluvio no volverá a destruir la vida ni habrá otro diluvio que devaste la tierra», (Gn 9, 11). También quiso que esta alianza tuviera un signo que fuera recordado por todas las generaciones: «Ved aquí la señal del pacto que hago con vosotros y cuantos vivientes están con vosotros por generaciones sempiternas: pondré mi arco en las nubes para señal de mi pacto con la tierra. (...). Estará el arco en las nubes y yo lo veré, para acordarme de mi pacto eterno entre Dios y toda alma viviente y toda carne que hay sobre la tierra», (Gn 9, 12.13.16.) En Noé, Dios quería bendecir a todas las generaciones sucesivas de hombres.

A partir de Adán siempre las alianzas con Dios requerirán un signo que selle la alianza de Dios con el hombre, porque una alianza no es un contrato, sino un intercambio amoroso entre personas.

La alianza de Noé, como la de Adán, fracasó porque se amó más a sí mismo que a Dios y se emborrachó y se desnudó. Sus hijos desafiaron a Dios con la construcción de «una ciudad y una torre que alcance hasta el cielo». Dios los dispersó por toda la faz de la tierra confundiendo su lengua, y dejaron de construir la ciudad, que por eso se llamó Babel. A pesar de la misericordia de Yahvé con Noé, y del pacto suscrito con Él, sus hijos volvieron a abandonarle, pero la misericordia del Señor no tiene límites.



Tu misericordia, «de generación en generación»

Nuevo Testamento: vocación de san Mateo (Lucas 15,1-7)

De las homilías de san Beda el Venerable, presbítero. (Oficio de lectura de la festividad de san Mateo, apóstol y evangelista).

JESÚS vio a un hombre, llamado Mateo, sentado ante la mesa de cobro de los impuestos, y le dijo: «Sígueme.» Lo vio más con la mirada interna de su amor que con los ojos corporales. Jesús vio al publicano y, porque lo amó, lo eligió, y le dijo: Sígueme. «Sígueme», que quiere decir: «Imítame.» Le dijo: Sígueme», más que con sus pasos, con su modo de obrar. Porque, quien dice que está siempre en Cristo debe andar de continuo como Él anduvo.

Él —continúa el texto sagrado— se levantó y lo siguió. No hay que extrañarse del hecho de que aquel recaudador de impuestos, a la primera indicación imperativa del Señor, abandonase su preocupación por las ganancias terrenas y, dejando de lado todas sus riquezas, se adhirió al grupo que acompañaba a aquel que él veía caer en absoluto de bienes. Es que el Señor, que lo llamaba por fuera con su voz, lo iluminaba de un modo interior e invisible para que lo siguiera, infundiendo en su mente la luz de la gracia espiritual, para que comprendiese que aquel que aquí en la tierra lo invitaba a dejar sus negocios temporales era capaz de darle en el Cielo un tesoro incorruptible.

Y sucedió que, estando Jesús a la mesa en casa de Mateo, muchos publicanos y pecadores vinieron a colocarse junto a Él y a sus discípulos. La conversión de un solo publicano fue una muestra de penitencia y de perdón para muchos otros publicanos y pecadores. Ello fue un hermoso y verdadero

presagio, ya que Mateo, que estaba destinado a ser apóstol y maestro de los gentiles, en su primer trato con el Señor arrastró en pos de sí por el camino de la salvación a un considerable grupo de pecadores. De este modo, ya en los inicios de su fe, comienza su ministerio de evangelizador que luego, llegado a la madurez en la virtud, había de desempeñar.

Pero, si deseamos penetrar más profundamente el significado de estos hechos, debemos observar



Vocación de san Mateo de Caravaggio (s. XVI-XVII)

que Mateo no sólo ofreció al Señor un banquete corporal en su casa terrena, sino que le preparó, por su fe y por su amor, otro banquete mucho más grato en la casa de su interior, según aquellas palabras del Apocalipsis: «Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno escucha mi voz y me abre la puerta entraré en su casa, cenaré con él y él conmigo».

Nosotros escuchamos su voz, le abrimos la puerta y lo recibimos en nuestra casa, cuando de buen grado prestamos nuestro asentimiento a sus advertencias, ya vengan desde fuera, ya desde dentro, y ponemos por obra lo que conocemos que es voluntad suya. Él entra para cenar con nosotros y nosotros con Él, porque por el don de su amor habita en el corazón de los elegidos para saciarlos con la luz de su continua presencia, haciendo que sus deseos tiendan cada vez más hacia las cosas celestiales y deleitándose Él mismo en estos deseos como en un manjar sabrosísimo.



Santuarios dedicados a la divina Misericordia

Santuario de la Divina Misericordia de Savona (Italia)



Santuario de la divina Misericordia, Savona (Italia)

AL norte de Italia, en la región de Liguria, está Savona, en la costa del mar Mediterráneo. En dicha ciudad se encuentra un santuario dedicado a Nuestra Señora de la Misericordia.

Este santuario es una iglesia que está situada a unos seis kilómetros del centro de la ciudad. Está rodeada de otros edificios religiosos y fue construida para conmemorar la aparición de la Virgen María a Antonio Botta, humilde labriego de la Liguria, en el año 1536. Fue construido entre 1536 y 1540, en los años inmediatamente después de la aparición. La iglesia no pertenece a ninguna corriente específica de la arquitectura, siendo un término medio entre el gótico y el estilo renacentista.

Las apariciones

EL sábado 18 de marzo de 1536, en el valle de Letimbro, un agricultor pobre, Antonio Botta, salió temprano para ir a su finca. Caminando rezando el Rosario llegó a un arroyuelo donde se refrescó sus manos y la cara. Así, arrodillado sobre las piedras del río fue donde se produjo el milagro de la aparición ya que vio descender a la Virgen en una gran gloria. Según el testimonio del propio Antonio Botta (relación original grabada en una lápida de mármol y colocada en el santuario de

Nuestra Señora de la Misericordia, el 17 de abril de 1596) esta primera aparición fue de la siguiente manera:

Asustado, estuve a punto de caer, de tal modo que se me cayó de la cabeza el sombrero. y luego, oí una voz que, de en medio del resplandor, me decía: «levántate y no temas, pues yo soy la Virgen María». Levantándome – prosigue – me pareció ver en aquel resplandor, pero siempre confusamente, una Señora que me dijo estas palabras: «Ve a tu confesor y dile que anuncie en la Iglesia al pueblo que ayune por tres sábados y haga tres días de procesión en honor de Dios y de su Madre; tú luego te confesarás y comulgarás y el cuarto sábado volverás a este lugar». Y mientras esto decía, yo oí por la carretera pública a unos arrieros que pasaban; y temiendo que nos vieran, quise esconderme; mas ella me dijo: «No temas, pues no podrán vernos. Y dichas estas palabras, desapareció la figura juntamente con el resplandor».

Conmoverlo por el hecho extraordinario, Antonio Botta corrió a su confesor, a llevar el mensaje de la Virgen. Tan sincera y expresiva fue su exposición, que el confesor no dudó en creerle y se dirigió de inmediato a Savona a informar de todo a las autoridades eclesiásticas. Como cabía esperar, la noticia se propagó en un instante por toda la ciudad.

Aquel mismo día fue llamado Antonio a Savona, ante la autoridad eclesiástica y civil, que no dudó

en aceptar el hecho como verdadero, después de oír la narración ingenua y llena de simplicidad del vidente. Asimismo, la noche anterior muchas personas vieron sobre la catedral y el castillo tres vívidas llamas de fuego, que supusieron presagio de algún extraordinario acontecimiento.

El 8 de abril, cuarto sábado después de la aparición, Antonio Botta, regresó al mismo lugar de la primera aparición. Reproducimos a continuación el testimonio del propio Antonio Botta que se conserva:

«Habiendo vuelto el cuarto sábado al mismo lugar, y rezando de rodillas mis oraciones, he aquí que de repente bajó del cielo un resplandor mayor aún que la primera vez, y se posó sobre una piedra que se hallaba a la orilla, y me rodeó de tal modo que, no sólo los montes sino los árboles más cercanos, no pude ya ver; y claramente vi en el esplendor una Señora con vestidura y manto blanco y una corona de oro en su cabeza, y bajando y extendiendo las manos así me habló: «Ve a los de Savona, quienes, para asegurarse acerca de las cosas que yo te mandé decir el otro día, te enviaron a preguntarme y díles que anuncien al pueblo que ayune tres sábados y que hagan por tres días la procesión todos los religiosos y casas de disciplinantes; y a dichos disciplinantes se les recomiende la disciplina especialmente el día de Viernes Santo. Porque si no fuese por aquellas pocas oraciones y buenas obras que se practican por las cofradías y por otros siervos de Dios, sería el mundo mucho más atribulado de lo que es; y generalmente exhorten a todo el pueblo a enmendarse de su mala vida, porque mi divino Hijo está hoy muy enojado contra el mundo por las muchas iniquidades que al presente reinan en él: y si esto no hicieren, su vida será corta. Entonces yo le respondí: Si no me dais alguna señal, ellos no me creerán. Y Ella me dijo: «Yo les di tal señal interior aquella tarde en que fuiste llamado delante de ellos, que creerán sin necesidad de otra señal». En seguida añadió: «Tú seguirás después tu vida, y Yo inspiraré a muchos lo que deberán hacer...» Y acabando de decir esto levantó las manos y los ojos al cielo, dio tres veces la bendición sobre el arroyuelo repitiendo siempre: «MISERICORDIA Y NO JUSTICIA». Luego desapareció, y quedó en aquel lugar, por mucho tiempo, un suave olor.

Una vez Antonio se repuso de la natural emoción experimentada en la visión de la santísima Virgen, se presentó nuevamente a las autoridades, y ante ellas dictó la referida narración, recogida religiosamente y escrita por el canciller de la comuna, en presencia del vicario general de la diócesis. Así fue como se cumplió la palabra de la Virgen Santísima: «Yo les di tal señal interior, que, sin necesidad de otra, te creerán».

Devoción de Savona a la Madre de Misericordia

LA noticia cundió por toda la ciudad y produjo extraordinaria conmoción. Al día siguiente se anunció oficialmente, desde todos los púlpitos, por orden de las autoridades eclesiásticas y civiles, la portentosa aparición y se recomendó a todos que cumplieran las obras ordenadas por la Madre de Dios. Con indescriptible celo se apresuraron a ejecutarlas, en la ciudad y sus cercanías.

Inmenso gentío asistió a las tres procesiones. En la del Viernes Santo, los cofrades iban descalzos, cantando salmos de penitencia y azotándose con tanto rigor que salpicaban a su paso las calles con su propia sangre. Toda la Liguria y gran parte de Italia recibieron con alegría la aparición de la santísima Virgen. Nada detuvo el impulso de la fe de los pueblos, anhelantes de lograr la renovación moral pedida por la excelsa Madre de Dios; y en ese mismo año 1536 fueron más de 54 las peregrinaciones realizadas al lugar de las apariciones.

Los savoneses erigieron un oratorio sobre la misma roca donde la Santísima Virgen posara su bendito pie. El 11 de julio del mismo año se dio comienzo a la construcción del santuario y al lado del mismo un vasto hospicio para acoger a los pobres y enfermos que iban a implorar el patrocinio de la Virgen. El Gran Consejo de Savona encargó al célebre arquitecto Antonio Sormano la edificación de un santuario dedicado a Nuestra Señora de la Misericordia, recomendándole especialmente que la cripta envolviese el lugar para colocar en ella, sobre la misma piedra desde la que habló nuestra Señora, una bella imagen de mármol blanco.

Visita papal

Los Sumos Pontífices concedieron, privilegios al santuario de la Madre de Misericordia; el primero en visitarlo fue S. S. Paulo III, en 1538. Este mismo papa convocó el Concilio de Trento, justamente el 8 de abril de 1536, día de la segunda aparición de la santísima Virgen de la Misericordia.

Sin embargo, todas las riquezas donadas a la Madre de la Misericordia que estaban contenidas en el santuario, fueron robadas, en abril de 1798, por los revolucionarios franceses. Siguiéron años turbulentos y en agosto de 1809, S. S. Pío VII llegó a Savona, en calidad de prisionero de cautividad de Napoleón. No obstante, el mismo Pontífice coronó solemnemente a la Virgen, a quien se había encomendado su liberación que obtuvo después de tres años de cautiverio el 10 de mayo de 1815.



Sed misericordiosos

Las Hermanas de la Cruz, reflejo de la misericordia del Padre

MÓNICA PÉREZ MOSSO

Su oración debe ser continua, a imitación de los ángeles que bajan del cielo para aliviar nuestras penas solo cuando Dios se lo manda. Así ellas sólo para aliviar a sus hermanos deben interrumpir su oración. En fin, ellas deben ser los ángeles de este mundo, que lleven el consuelo a todas partes.» Con estas palabras, Santa Ángela de la Cruz describía como la Compañía de las Hermanas de la Cruz sería imagen en el mundo de la misericordia de Dios Padre, especialmente con los más pobres y enfermos.

Llamada a fundar una congregación de servicio a los pobres

FUE en la ciudad de Sevilla donde Dios quiso que un 30 de Enero de 1846 naciera la que sería la fundadora de esta orden que tanto bien haría en nuestro país, especialmente en numerosos pueblos de Andalucía, también en Italia y Argentina. De origen humilde y sencillo Angelita, como cariñosamente era llamada, comenzó a trabajar desde muy joven como zapatera para poder ayudar así a la economía familiar tan precaria. Sintiendo la llamada del Señor a consagrarse a Él, intentó entrar primero en el Convento de Carmelitas y posteriormente en las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, no pudiendo ser admitida en ninguna de las dos por su falta de salud. Volvió de este modo a su vida de trabajadora en el taller de zapatos y será en este periodo, donde recibirá la iluminación que constituirá el eje central de su espiritualidad: la contemplación de dos cruces, una la de Cristo y la otra «a la misma altura, pero no a mano derecha ni a la izquierda, sino enfrente y muy cerca» en la que ella se ve crucificada cara a cara con su Señor, del modo más semejante posible para una criatura y así ofrecerse como víctima por la salvación de sus hermanos.

Bajo la guía de su director espiritual el Padre Torres (actualmente en proceso de beatificación) Santa Ángela fue escribiendo las luces que Dios le daba sobre su vocación y futuro instituto: «El obje-

tivo principal de la Compañía es unir la vida retirada y penitente con el servicio de los prójimos; es unir la vida activa con la pasiva; es imitar en todo a Nuestro Señor, primero en su vida oculta y penitente, en su pobreza y desnudez de todo lo terreno y segundo en su vida pública haciendo bien a todos y en particular a los enfermos». Una congregación al servicio de los pobres, a imitación de Jesús pobre y crucificado: «Desprendidas de todo, hasta de ellas mismas, sin tener nada terreno ni más ropa que la puesta y ésta de limosna; ni flores, ni estampas, ni ninguna clase de animalitos, para que en nada pueda apegarse el corazón; ocultas y desconocidas y sin ninguna apariencia que las haga más particulares que las demás, formen una comunidad de una vida extraordinaria por su penitencia, su obediencia y mortificación en todo» También iría esbozando los pormenores de su futuro convento donde todo invite a la oración y la pobreza: «profundo silencio, paredes blancas, casa muy limpia; los corredores sin muebles y sólo, de trecho en trecho, unos cuadritos sencillos y rudimentarios con las estaciones del Via Crucis y una crucecita pequeña encima» Sólo la capilla estará adornada con lo más valioso y hermoso que pudiesen adquirir, para que las hermanas encuentren en ella su descanso de una vida tan austera y servicio a los demás.

Todas estas inspiraciones comienzan a realizarse cuando Ángela y tres amigas, un 2 de Agosto de 1875, festividad de Nuestra Señora de los Ángeles, van por las calles y hogares de Sevilla llevando el consuelo de Dios, olvidándose tanto de sí mismas que no se dieron cuenta que ese día no habían comido. Comienza así, esta forma de vida consagrada donde se entrelazan de manera sencilla la contemplación y la actividad apostólica con los más pobres y necesitados de la sociedad. Las Hermanas de la Cruz se hacen pobres con los pobres para de este modo llevarlos a Cristo, viviendo el completo olvido de sí y mostrando así a todos la alegría evangélica, porque... «parece en estos tiempos y en el estado de la sociedad, que no hay cosa más necesaria que poner el Evangelio en práctica y ver a las Hermanas contentas y felices practicándolo».

La hermanas de la Cruz y su labor misericordiosa

A través de una gran vida de oración, amor a la Eucaristía y al Corazón de Jesús, así como una devoción filial a la Santísima Virgen, las Hermanas de la Cruz se entregan a los demás viviendo completamente todas las obras de misericordia.

–Visitar a los enfermos: Es en lo que más se esmeran porque es lo esencial de su Instituto. Durante el día y también la noche, donde van haciendo turnos de vela sacrificando su propio descanso, cuidan y atienden a los enfermos en sus hogares.

–Dar de comer al hambriento: van por las casas repartiendo alimento a los pobres, dan de comer a niñas internas y externas huérfanas o hijas de padres en situaciones difíciles.

–Dar de beber al sediento: ¡Cuántas veces dan de beber a sus enfermos sedientos por las fiebres cuando todos duermen y descansan!

–Vestir al desnudo: Entregadas a los pobres, las Hermanas reparten ropa y mantas para librarles del frío. También preparan canastillas para los recién nacidos.

–Dar posada al peregrino: En muchas ocasiones se ocupan de pagar las casas de los que la necesitan.

–Redimir al cautivo: las Hermanas hacen cuánto pueden para sacar a las almas del pecado, haciendo sacrificios personales para alcanzar su conversión.

–Enterrar a los muertos: También se dedican a este oficio. Cuando fallece alguna enferma la preparan para su sepultura.

–Enseñar al que no sabe: en los inicios de la fundación se crearon muchos colegios para niñas pobres, conservándose aún algunos colegios. También en sus grupos de jóvenes les enseñan a conocer y amar más a Dios y por último, enseñan con el ejemplo; a los enfermos la paciencia en sus enfermedades para que miren los sufrimientos como medio para dar gloria a Dios, a los pobres para que

con su ejemplo vean que se puede ser feliz en medio de la pobreza teniendo a Dios que da fortaleza, a los ricos porque les hacen ver que tienen que repartir sus bienes cuando van por las casas pidiendo limosna para sus pobres.

–Dar buen consejo al que lo necesita: Las Hermanas aprovechan todas las ocasiones para aconsejar el bien allá donde vayan.

–Corregir al que yerra: Corrigen con amabilidad y dulzura a los pobres que socorren, a las niñas internas y cuando la Regla las autoriza, con espíritu de caridad y humildad, también entre ellas.

–Perdonar las injurias: En este punto trabajan mucho las Hermanas para que se reconcilien los que están divididos particularmente cuando los

enfermos están graves para que pidan perdón en el sacramento de la confesión.

–Consolar al triste: Al estar en continuo contacto con el sufrimiento, son muchas las ocasiones que se les presenta de consolar al triste.

–Sufrir con paciencia las flaquezas de nuestro prójimo: en sus asilos con las ancianas que

atienden, en las flaquezas de la enfermedad, en los comentarios a veces desagradecidos de las familias y hogares que visitan....

–Rogar a Dios por los vivos y los muertos: Diariamente en sus oraciones piden por ellos.

Estas obras de misericordia siguen siendo practicadas por las Hermanas de la Cruz que, después de 140 años, continúan siendo fieles al carisma fundacional de Santa Ángela de la Cruz. Todos los días, después de la oración, las Hermanas de la Cruz siguen saliendo de su convento de dos en dos, como envió Jesús a los apóstoles, en silencio para seguir en continua oración, a repartir el amor de Dios a los hermanos porque como decía Santa María de la Purísima, séptima superiora de la Compañía y recientemente canonizada junto a los padres de Santa Teresita: «Lo más hermoso en la tierra es buscar a Dios, acercarse a Él, llenarse de su Amor y de Él repartir a otros»



Las hermanas de la Cruz por las calles de Sevilla



Gracias, Señor, por tus misericordias

Luisa la Vallière, de amante del Rey Sol a penitente carmelita descalza

JOSÉ JAVIER ECHAVE-SUSTAETA



Luisa de la Vallière



Sor Luisa de la Misericordia

LUISA Francisca de La Baume-Le Blanc nació en Manoir la Vallière, Tours, el 6 de agosto de 1644 en familia de la pequeña nobleza provinciana, realista y muy católica. Su padre, señor de La Vallière, barón de Maisonfort, era gobernador del castillo real de Aubisse, y su madre Francisca Le Prevost, viuda de un miembro del Parlamento de París. Un tío era obispo de Nantes, otro, jesuita, y dos tías monjas ursulinas se ocuparían de la primera enseñanza de su sobrina. A los 7 años Luisa perdió a su padre, y su madre volvió a casarse con el barón de Saint-Rémy, y en 1655 se trasladaron a vivir al castillo de Blois del que este barón era mayordomo, residencia del hermano del rey Felipe de Orleans, recién casado con Enriqueta Ana Stuard, hija del decapitado rey de Inglaterra Carlos I. Luisa compartió con las hijas de los Orleans las clases que les daba el capellán de la casa, el afamado teólogo abad de Rancé, y fue iniciada en la pintura, la música, la etiqueta, y la equitación.

Su señora, Enriqueta Stuard, criada en el destierro, acariciaba el ilusorio sueño de desposarse con

Luis XIV, pero tuvo que resignarse a conceder su mano a su hermano «Monsieur» Felipe de Francia, duque de Anjou, futuro duque de Orleans. Este afeitado monsieur no se interesaba precisamente por las mujeres, y no tardó el rey en hacerlo por la de su hermano. Como en la corte se criticaba el excesivo tiempo que el rey dedicaba a su cuñada, ésta hizo creer que la destinataria de los favores reales no era ella, sino una de sus damas de compañía, la sencilla e inocente Luisa, hijastra de su mayordomo de palacio a la que nombró dama de honor, y presentó en la Corte. No pasó por su cabeza que una adolescente de 17 años que no había conocido el amor, pudiera frustrar sus proyectos.

Luisa vio por primera vez al joven Luis XIV en Blois, cuando iba al encuentro de su futura esposa la princesa española María Teresa, y quedó platónicamente enamorada del apuesto monarca como una colegiala. La belleza de Luisa no llamaba la atención, pero al joven rey de veintidós años que no rechazaba ninguna conquista, le complació su «falsa favorita»

que, aunque humilde y tímida, no escaseaba en encantos. La enamorada Luisa, había sido educada en la doctrina del teólogo regio Benigno Bossuet de que la persona del rey había sido elegida por el mismo Dios como su representante en la tierra, y al ser consagrada, se convertía en su mandatario para la ejecución de sus designios, por lo que había que acatar sin reparo su voluntad en todo.

La inocente Luisa fascinada por el apuesto Luis XIV

SIENDO consciente de la ilicitud de su íntima relación, hubiera preferido fuera secreta, pero el rey, que, como ungido de Dios, se consideraba por encima de las normas morales de sus súbditos, pues sólo Dios podía juzgar sus actos, deseaba exhibirla, y la obligaba a asistir a las fiestas de la corte y aparecer como la más brillante. Le hizo lucir espléndidos vestidos, fastuosas joyas, y le impuso maestros que la cultivaran para poder codearse con las ilustradas grandes damas de la corte, y la introdujo en el círculo de amigos de los pensadores libertinos de moda.

Mientras vivió la reina madre Ana de Austria a la que Luis reverenciaba, el secreto de sus amoríos, aunque conocido por todos, fue llevado con discreción. La despreciada reina María Teresa tuvo que soportarlos, y su partido de los «devotos» los criticaba en privado. Bossuet y el real confesor jesuita no aprobaban la conducta del rey, aunque sólo le impusieron que desde 1663 dejara de comulgar.

Luisa en la Corte con sus hijos

LUISA tuvo con el rey cuatro hijos, sobreviviendo dos: en 1666 su primera hija María Ana de Borbón, futura princesa de Conti, y un año después el niño Luis de Borbón, conde de Vermandois. Tras el fallecimiento de su madre, Luis XIV oficializó su unión y presentó públicamente a Luisa como su favorita oficial, legitimando ante el Parlamento a sus dos hijos «como si hubieran nacido de verdadero y fiel matrimonio.» La enamorada Luisa, a los ojos de todos parecía triunfar en la Corte, pero ella hubiera preferido huir y esconderse con su amor en el rincón más apartado del mundo. Luis le compró una gran hacienda que convirtió en ducado, y la nombró duquesa de la Vallière para «expresar públicamente el particular aprecio en que tenemos a nuestra muy querida, bien amada y fiel Luisa de la Vallière, por el afecto singular que excitan en nuestro corazón sus raras perfecciones.»

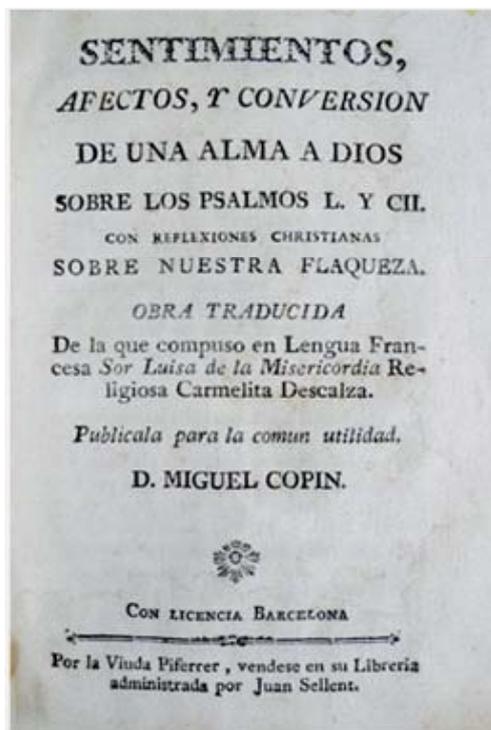
Pero en el otoño de 1666 Dios tuvo misericor-

dia para con su ovejita descarriada de 23 años, y se la hizo llegar por camino para ella desconcertante. Apareció en la Corte la joven Françoise Athénaïs de Rochechouart de Mortemart, futura marquesa de Montespan, de deslumbrante figura y mordaz ingenio, aficionada a la brujería, que dedicaba largas horas a hermoarse con ungüentos y perfumes, y el rey decidió convertirla en su nueva amante. Tras seis años de inmoral aventura, llegaba para Luisa el principio del fin previsto para todas las favoritas reales. El marido de la Montespan amenazó con el escándalo, y para evitarlo el rey obligó a la La Vallière a permanecer a su lado simulando seguir siendo su favorita, pero ya sin apenas visitarla. En mayo de 1667 el rey le concedió las tierras de Vaujours con rango de ducado, y todos comprendieron era su regalo de despedida. Durante tres años tuvo que permanecer marginada en la corte soportando toda suerte de humillaciones a cargo de su sucesora, hasta que en 1671, cuando supo que la Montespan había tenido ya tres hijos con Luis, huyó y se refugió en el monasterio de la Visitación de Chaillot. El rey, sintiéndose ofendido, se presentó en el convento amenazando a la priora que de no salir Luisa de inmediato, le prendería fuego. Contrariada y desengañada, volvió a la corte donde, protegida por Bossuet como primera de sus penitentes, permaneció aun tres años aceptando su desgracia como providencial misericordia de Dios para con su miseria moral y comenzando a reparar sus culpas.

Bossuet, que no dejó un solo día de confortar su espíritu, obtuvo el real permiso para que pudiera ingresar en un convento, y tras suplicar el perdón de la reina, Luisa dejó la Corte en abril de 1674 para entrar en el carmelito de la Encarnación de Saint-Jacques en París. En junio de 1675, a sus 31 años, profesaba como Sor Luisa de la Misericordia, recibiendo el velo negro de manos de la reina María Teresa. Tras 36 años de vida religiosa, entregada a la oración y la penitencia, Luisa moría el 7 de junio de 1710.

Bajo la dirección de Bossuet, habría compuesto unas *Reflexiones sobre la misericordia de Dios*, tratado moral sobre la misericordia y las virtudes teologales. El tratado, que se dice escrito en 1671 «a principios de su conversión, inflamada ya de del Amor a Dios y la detestación de sus culpas», a la vista de su citas teológicas y escriturísticas, conocimientos que Luisa no tenía, lo atribuyen algunos más bien a su director, del que ella habría sido mera amanuense, y que, dada su celebridad por el milagro moral de su conversión, al ser publicado en 1680 le sería atribuido para mayor difusión.

Comienza la versión española del libro con una «Breve noticia de la conversión, vida penitente y dichosa muerte de madama la Duquesa de La Vallière, religiosa carmelita descalza», y sigue con 24 «Re-



Ejemplar traducido al castellano

flexiones sobre la misericordia de Dios en forma de oraciones». Ni Bossuet ni Luisa, coetáneos de Santa Margarita María de Alacoque, conocían el mensaje del amor misericordioso del Corazón de Jesús y, al estilo de la espiritualidad francesa de la época, sus piadosas consideraciones reiteran como las virtudes

morales, si no están animadas por la gracia de Jesucristo, no suelen ser sino máscaras del orgullo humano, pero sus acertadas «reflexiones» aciertan en reconocer que la propia miseria es condición para que el alma pueda recibir la misericordia de Dios. De ellas destacamos éstas:

«Haced, Señor, que conozca mi miseria y propia nada... y pues os gloriáis de ser un Dios de misericordia, hacédmela proporcionada a vuestra grandeza y a mi miseria. Mi alma ha puesto en Vos, Dios mío, toda su confianza, y pues sacáis de la enormidad de nuestros crímenes el motivo de vuestras misericordias, haced que mi corazón esté siempre más lleno de esperanza que de temor, y que no le tenga tan temeroso de vuestra justicia como esperanzado en vuestras misericordias... pues el reino de mis enemigos pasará, y mis trabajos acabarán, pero vuestras misericordias para mí no acabarán jamás.»

Una de sus exclamaciones parece prefigurar nuestro ofrecimiento del Apostolado de la Oración: «Señor, yo invocaré con confianza vuestra misericordia al comenzar y acabar todas mis acciones, a la mañana, a la noche, y en medio del día; mi corazón os ofrecerá mis negocios y mis designios con la confianza que tendré toda mi vida en vuestras misericordias.» Termina la obra con esta confiada petición: «En fin, Señor, tened piedad de mí, porque soy pobre y miserable, y Vos infinitamente rico y misericordioso.»

A los pies de María de la Misericordia

El amor de Dios nos libera del temor humano y lo reconocemos en toda su grandeza desde nuestra pequeñez humana como un amor que llama a la benevolencia, reconociendo sus maravillas y aceptando un amor de Padre incondicional. Por eso el cántico de María expresa lo más profundo de su creencia, en Ella se da una misericordia materna que es donación, que es acogida, que es bienaventuranza. Un amor que es promesa hecha a todos nosotros. Allí, a los pies de María de la Misericordia, ponemos nuestro temor-respeto para que ella nos dé la humildad suficiente para acercarnos a Dios como lo hace el cántico de Isaías: «Pues yo soy tu Dios, el que coge tu derecha, el que dice: no temas, yo te ayudo». Con este espíritu nos ponemos a los pies de la Virgen, bajo su mirada.

Juan José OMELLA, arzobispo de Barcelona; carta dominical (31/1/2016)



Los santos nos hablan de la misericordia

San Bernardo: sermón sobre el Cantar de los Cantares 61,3-5

DÓNDE podrá hallar nuestra debilidad un descanso seguro y tranquilo, sino en las llagas del Salvador? En ellas habito con seguridad, sabiendo que Él puede salvarme. Grita el mundo, me oprime el cuerpo, el diablo me pone asechanzas, pero yo no caigo, porque estoy cimentado sobre piedra firme. Si cometo un gran pecado, me remorderá mi conciencia, pero no perderé la paz, porque me acordaré de las llagas del Señor. Él, en efecto, fue traspasado por nuestras rebeliones. ¿Qué hay tan mortífero que no haya sido destruido por la muerte de Cristo? Por esto, si me acuerdo que tengo a mano un remedio tan poderoso y eficaz, ya no me atemoriza ninguna dolencia, por maligna que sea.

Por esto, no tenía razón aquel que dijo: «Mi culpa es demasiado grande para soportarla». Es que él no podía atribuirse ni llamar suyos los méritos de Cristo, porque no era miembro del cuerpo cuya cabeza es el Señor.

Pero yo tomo de las entrañas del Señor lo que me falta, pues sus entrañas rebosan misericordia. Agujerearon sus manos y pies y atravesaron su costado con una lanza; y, a través de estas hendiduras, puedo libar miel silvestre y aceite de rocas de pedernal, es decir, puedo gustar y ver qué bueno es el Señor.

Sus designios eran designios de paz, y yo lo ignoraba. Porque, ¿quién conoció la mente del Señor?, ¿quién fue su consejero? Pero el clavo penetrante se ha convertido para mí en una llave que me ha abierto el conocimiento de

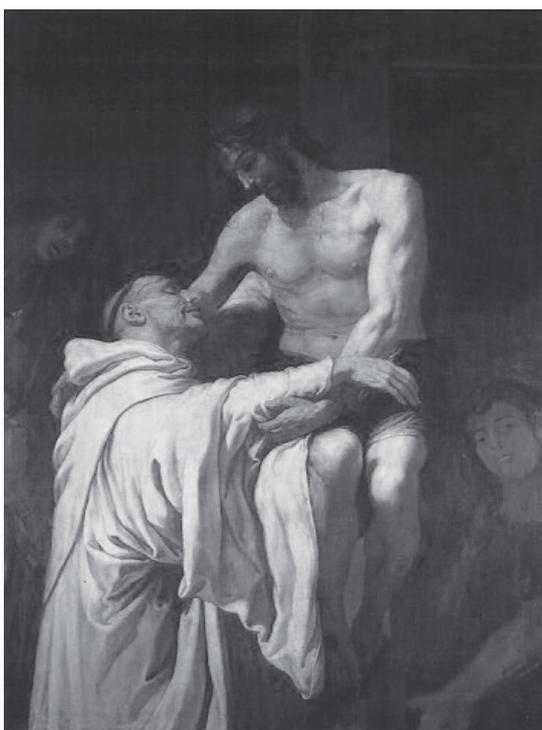
la voluntad del Señor. ¿Por qué no he de mirar a través de esta hendidura? Tanto el clavo como la llaga proclaman que en verdad Dios está en Cristo reconciliando al mundo consigo. Un hierro atravesó

su alma, hasta cerca del corazón, de modo que ya no es incapaz de compadecerse de mis debilidades.

Las heridas que su cuerpo recibió nos dejan ver los secretos de su corazón; nos dejan ver el gran misterio de piedad, nos dejan ver la entrañable misericordia de nuestro Dios, por la que nos ha visitado el sol que nace de lo alto. ¿Qué dificultad hay en admitir que tus llagas nos dejan ver tus entrañas? No podría hallarse otro medio más claro que estas tus llagas para comprender que tú, Señor, eres bueno y clemente, y rico en misericordia. Nadie tiene una misericordia más grande que el que da su vida por los sentenciados a muerte y a la condenación.

Luego mi único mérito es la misericordia del Señor. No seré pobre en méritos, mientras Él no lo sea en misericordia. Y, porque la misericordia del Señor es mucha, muchos son también mis méritos. Y, aunque tengo conciencia de mis muchos pecados, si creció el pecado, más desbordante fue la gracia. Y, si la misericordia del Señor dura siempre, yo también cantaré eternamente las misericordias del Señor.

¿Cantaré acaso mi propia justicia? Señor, narraré tu justicia, tuya entera. Sin embargo, ella es también mía, pues tú has sido constituido mi justicia de parte de Dios.



Cristo abrazando a san Bernardo
de Francisco Ribalta (s. XVII)

¿Dónde podrá hallar nuestra debilidad un descanso seguro y tranquilo, sino en las llagas del Salvador? En ellas habito con seguridad, sabiendo que él puede salvarme.



El papa Francisco y la misericordia

San Pablo: la sobreabundante misericordia de Dios



De la homilía del santo padre Francisco con motivo de la celebración de las vísperas en la solemnidad de la conversión de san Pablo apóstol, 25 de enero de 2016.

Soy el menor de los apóstoles (...) porque he perseguido a la Iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia para conmigo no se ha frustrado en mí» (1 Cor 15,9-10). Así resume el apóstol Pablo el significado de su conversión. Ésta, que tuvo lugar tras el encuentro fulgurante con Cristo resucitado (cf. 1 Cor 9,1) en el camino de Jerusalén a Damasco, no es principalmente un cambio moral, sino una experiencia transformadora de la gracia de Cristo, y al mismo tiempo la llamada a una nueva misión, la de anunciar a todos a aquel Jesús a quien antes perseguía, hostigando a sus discípulos. En ese momento, de hecho, Pablo entiende que entre el Cristo eternamente vivo y sus seguidores hay una unión real y trascendente: Jesús vive y está presente en ellos y ellos viven en Él. La vocación a ser un apóstol no se funda en los méritos humanos de Pablo, quien se considera «ínfimo» e «indigno», sino en la bondad infinita de Dios, que lo eligió y le confió el ministerio.

Una comprensión similar de lo que sucedió en el camino de Damasco es testimoniada por san Pablo también en la primera Carta a Timoteo: «Doy gracias a Cristo Jesús, Señor nuestro, que me hizo capaz, se fió de mí y me confió este ministerio, a mí, que antes era un blasfemo, un perseguidor y un insolente. Pero Dios tuvo compasión de mí porque no sabía lo que hacía, pues estaba lejos de la fe; sin embargo, la gracia de nuestro Señor sobreabundó en mí junto con la fe y

el amor que tienen su fundamento en Cristo Jesús» (1, 12-14). La sobreabundante misericordia de Dios es la única razón en la cual se funda el ministerio de Pablo, y es al mismo tiempo lo que el apóstol tiene que anunciar a todos.

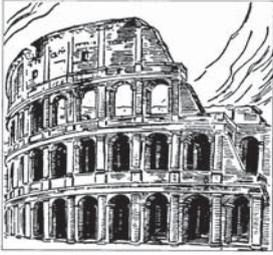
La experiencia de san Pablo es similar a la de las comunidades a las cuales el apóstol Pedro dirige su primera Carta. San Pedro se dirige a los miembros de comunidades pequeñas y frágiles, expuestas a la

amenaza de las persecuciones y aplica a ellos los títulos gloriosos atribuidos al pueblo santo de Dios: «linaje elegido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios» (1 Pt 2, 9). Para esos primeros cristianos, como hoy para todos nosotros bautizados, es motivo de consuelo y de constante estupor el saber que hemos sido elegidos para formar parte del diseño de salvación de Dios, actuado en Jesucristo y en la Iglesia. «Señor, ¿por qué precisamente yo?»; «¿por qué nosotros?». Alcanzamos aquí el misterio de la misericordia y la elección de Dios: el Padre ama a todos y quiere salvar a todos, y por eso llama a



Conversión de san Pablo de Caravaggio (s.XVI-XVII)

algunos, «conquistándolos» con su gracia, para que a través de ellos su amor pueda llegar a todos. La misión del entero pueblo de Dios es la de anunciar las maravillas del Señor, la primera la del Misterio pascual de Cristo, por medio del cual hemos pasado de las tinieblas del pecado y la muerte, al esplendor de su vida, nueva y eterna (cf. 1 Pe 2, 10).



«Para que podamos quedarnos en nuestra querida tierra»

JÜRGEN LIMINSKI
AYUDA A LA IGLESIA NECESITADA



Patriarca Gregorio III, en el centro, junto a otros obispos y cristianos greco-católicos melquitas de Siria en una oración

LA fundación pontificia Ayuda a la Iglesia Necesitada apadrina la petición de los patriarcas de Siria e Irak con una campaña mundial: «Ayuna y ora con nosotros el miércoles de Ceniza».

En un dramático llamamiento a «todos los que nos ayudan a través de “Ayuda a la Iglesia Necesitada”», Gregorio III Laham, patriarca de la Iglesia greco-católica melquita en Siria, y Luis Rafael I Sako, patriarca de los cristianos católicos caldeos en Irak, ruegan se celebre una jornada de oración y ayuno, para que Dios «dé por fin a nuestro país la tan deseada paz». En dos cartas enviadas por separado a los donantes y amigos de Ayuda a la Iglesia Necesitada, los dos líderes eclesiásticos de Siria e Irak ruegan que se adhieran el miércoles de Ceniza y durante la Cuaresma a la oración y el ayuno por los cristianos en Irak y Siria. El miércoles de ceniza será una jornada para rogar conjuntamente a Dios.

Ambos patriarcas agradecen a los benefactores su ayuda, sin la que «muchos de nosotros habríamos muerto de inanición o de frío, o habríamos tenido que huir». El patriarca Sako escribe literalmente: «Estamos todos muy agradecidos por esa ayuda. Pero lo que más necesitamos es misericordia. Por ellos les ruego, a comienzos de la Cuaresma y muy especialmente el miércoles de Ceniza: ¡recen y ayunen por la paz en nuestro país! ¡Recen y ayunen para que Dios se apiade de nosotros! Recen y ayunen para que podamos quedarnos en nuestra tierra, para que los refugiados puedan volver a sus pueblos y ciudades». La guerra en Irak –continúa diciendo el patriarca– adquiere «dimensiones apocalípticas».

La humanidad se encuentra ante la mayor catástrofe humanitaria desde el fin de la segunda guerra mundial. Ciudades florecientes como Mosul y los pueblos de la llanura de Nínive son ya tan sólo cam-

pos de escombros. «Quien ha podido huir, ha huido. En los campos de refugiados, millones de niños esperan el pan de cada día; pero también tienen sed de futuro, quieren escuelas y una casa. Desean volver a su patria, como sus padres y familiares». Ayuda a la Iglesia Necesitada es, prosigue el patriarca Sako, «como una madre para nosotros». «Sé que lo hacen también por amor a Cristo. Por ello les ruego: recen y ayunen para que podamos quedarnos en nuestra querida patria, para que haya para nosotros una resurrección de las ruinas, una Pascua en la tierra de Abrahán».

El patriarca Gregorio hace referencia a la dramática situación en que se encuentra Siria, la «cuna del cristianismo». «Día a día se pone a prueba nuestra fe. Vemos el sufrimiento de los niños, el dolor de los padres; estamos rodeados de odio y muerte. Queremos poder vivir de nuevo en paz en nuestra querida tierra». Desde hace cinco años, dice Gregorio, «estamos recorriendo una travesía por el desierto. Su continua ayuda es para nosotros el maná que envió el Señor a los israelitas para salvarlos de la muerte». Los cristianos en Siria «creen firmemente que el camino de la cruz es necesario para llegar a la gloria de la Resurrección. Sin embargo, también el Señor tuvo a su lado a personas que le consolaron y le ayudaron en su Vía Crucis: Simón de Cirene le ayudó a llevar la Cruz, la Verónica le tendió un lienzo para secar el sudor, su santísima Madre y el apóstol san Juan estaban a los pies de la Cruz».

De ese modo, los cristianos en Siria esperan «el consuelo y la ayuda de nuestros hermanos y her-

manas» y piden cordialmente que, el miércoles de Ceniza, «se adhieran con nosotros a una jornada de ayuno y oración, en la que pediremos conjuntamente a Dios que envíe por fin a nuestro país la deseada paz». El patriarca Gregorio termina su carta con las palabras: «Sus oraciones, sus ánimos y su apoyo nos ayudan en nuestro camino de sufrimiento. Por ello, quiero repetir una vez más mi llamamiento: ¡Por favor, ayunen y recen con nosotros! Es imposible que el Señor desoiga las oraciones y los sacrificios unidos de sus hijos. ¡Muchas gracias de todo corazón!».

La organización pontificia internacional "Ayuda a la Iglesia Necesitada" se une al dramático llamamiento de los patriarcas de Siria e Irak. Bajo el lema «¿Llevas la cruz con ellos por un día? Ayuna y ora el Miércoles de Ceniza por Irak y Siria». AIN convoca a los cristianos de todo el mundo a un día de intenso ayuno y oración el Miércoles de Ceniza (10 de febrero). De esa manera los cristianos pueden unirse espiritualmente con sus hermanos y hermanas que sufren el calvario de la guerra y la persecución en Siria e Irak. La campaña será promovida en los medios de comunicación social con los hashtags #AyunoYOracion, #MiércolesDeCeniza #Cuaresma2016 y #carrythecross.

Desde marzo de 2011, Ayuda a la Iglesia Necesitada ha destinado, en Siria e Irak, fondos de ayuda por un importe de 27,67 millones de euros para cristianos y miembros de otras religiones. La fundación pontificia internacional inició el pasado mes 19 programas de ayuda; otros veinte programas de ayuda de emergencia seguirán en los próximos meses.



Ayuda a la Iglesia Necesitada

Fundación de la Santa Sede

Donativos: www.ayudaalaignesianecesitada.org

Teléfono: 91 725 92 12

Banco Santander: ES7400492674592814342966

Cualquier aportación, por pequeña que sea,
es muy necesaria.



Pequeñas lecciones de historia

Celia y Luis (II): los peligros de las grandes ciudades

GERARDO MANRESA

TRAS el período de dos años en los que procuró aprender el latín para su ingreso en los canónicos del Hospital de Mont-Youx, Luis vuelve a reanudar su oficio de relojero y para perfeccionarlo se va a París. Luis llega a la capital a finales del año 1847, en un momento de mucha actividad política. Vivirá en casa de su abuela paterna, Mme. Boureau.

Desde el verano de aquel año, Lamartine habla abiertamente de la «Revolución de la conciencia pública» y otros notables políticos reivindican «el gobierno del país por el país». Francia vive un nuevo período de fiebre política y social.

A pesar de que la mayoría parlamentaria había dado, el 12 de febrero de 1848, la aprobación a la política del jefe de Gobierno, Guizot, el 23 del mismo mes hay un alzamiento popular que le hace dimitir y ceder su plaza al conde Molé. Pero el descontento continúa y toma un cariz violento debiendo el ejército proteger al jefe de Gobierno. La tensión aumenta y el rey Luis Felipe es obligado a abdicar a favor de su nieto, el conde de París. No se conforman con ello y es derrocada la monarquía, formándose una Asamblea constituyente el 23 de abril, y declarándose la república el 4 de mayo. Pero el movimiento obrero no cede y es duramente reprimido por el ejército y la Guardia Nacional; son los días de la «semana sangrienta» de París, del 22 al 26 de junio, en el curso de la cual fueron asesinados el arzobispo de París, Mgr. Affre y 80 sacerdotes.

Reprimido el movimiento obrero, y aprobada la nueva constitución de la II República, en el mes de diciembre de 1848, es elegido Presidente de Francia, Luis Napoleón Bonaparte. Además, la ciudad de París es siempre, para un joven que llega a ella, un aparador que ofrece todo tipo de ocasiones para arrastrarle y si no es fuerte espiritualmente, pueden llegar a destruir todas sus ilusiones.

En esta situación llegaba a París, este joven de 24 años, de buena presencia, muy activo y con ganas de ser útil a los demás, fiel cristiano, y sin ninguna experiencia en actitudes políticas.

No tenemos ningún documento o carta que nos permita saber cómo vivió Luis estos trágicos acontecimientos que modificaron de forma tan profunda la situación política de Francia. Los únicos documentos que se conservan se refieren de forma indirecta a la actuación de Luis en este período. Dice su hija Celina, sor Genoveva: «Sobre esta estancia en París nosotros sólo podemos saber por las cartas que nuestra madre escribió a mi tío Guérin en

las que hace alusión a las dificultades y tentaciones que el Siervo de Dios encontró en la capital». Celina, hace referencia a una carta de su madre dirigida a su hermano Isidoro, cuando éste estaba estudiando en París. Celia recuerda el pasado de su esposo y su estancia en la capital recurriendo al mismo testimonio de Luis y establece un paralelo entre las dos experiencias, pero ella está mucho menos segura de las virtudes de Isidoro que de las de su esposo y le escribe esta carta el 1 de enero de 1863:

«Yo tengo, mi querido amigo, una gran inquietud por ti. Mi marido me hace diariamente tristes profecías. Él conoce París y me dice que serás arrastrado a tentaciones que no podrás soportar, porque no tienes suficiente piedad. Él me explica lo que él mismo ha experimentado y el coraje que ha necesitado para salir victorioso de todos estos combates. Si supieras las pruebas que ha pasado... Yo te conjuro, mi querido Isidoro, que hagas como él; reza, y así no serás arrastrado por el torrente. Si caes una vez estás perdido. La única que cuesta es la primera vez, en este camino del mal, como en el camino del bien; después ya estarás dentro de la corriente. Si accedieras a darme lo que voy a pedirte, estaría más dichosa que si me enviaras todo París. Hela aquí: vives muy cerca de Nuestra Señora de las Victorias. Pues bien, entra en esa iglesia solamente una vez por día para rezar un avemaría a la Stma Virgen. Experimentarás que te irá protegiendo de una manera singularísima y que te encaminará rectamente por este mundo para destinarte después a una eternidad de dicha; lo que te aconsejo no es por mi parte propósito de una piedad exagerada y sin fundamento; tengo razón para confiar en la Virgen Santísima; he recibido de ella favores que yo solo conozco.

»Harto sabes que la vida es breve. Tú y yo, ambos llegaremos pronto a nuestro fin y nos alegraremos de buen grado el haber vivido de tal modo que no nos sea demasiado amarga nuestra última hora.

»Ahora si tienes el corazón pervertido te reirás de mí; pero, si no es tal, me confesarás que tengo razón.» (*Celia y Luis Martin*, Correspondencia familiar 1,)

Isidoro no era un joven extraviado, pero la estancia de los estudiantes en París siempre puede causar «despistes» en los estudios y tentaciones. Isidoro estudiaba medicina. Desde la muerte de su madre en 1859, Celia lo tomó a su cuidado y, apoyada en su marido, se preocupaba por todo lo que le ocurría, alegrándose con sus éxitos y lamentando sus fracasos, y siempre orientándole para seguir, como había hecho su Luis, por el camino del Señor.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Iniciativas para el Año Jubilar de la Misericordia

DESDE el inicio del Año Jubilar de la Misericordia el Papa Francisco viene insistiendo en la importancia de la confesión. «Acercarse al sacramento con el cual somos reconciliados con Dios, afirmaba el pasado 16 de diciembre, equivale a tener experiencia directa de su misericordia. Es encontrar el Padre que perdona: Dios perdona todo. Dios nos comprende también en nuestras limitaciones, nos comprende también en nuestras contradicciones. No solo eso, Él con su amor nos dice que cuando reconocemos nuestros pecados nos es todavía más cercano y nos anima a mirar hacia adelante. Dice más: que cuando reconocemos nuestros pecados y pedimos perdón, hay fiesta en el cielo. Jesús hace fiesta: ésta es su misericordia».

Con el fin de promover más visiblemente este «importante signo del Jubileo» el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización organizó recientemente la exposición en Roma de las reliquias de dos santos confesores: San Leopoldo Mandic y San Pío de Pietrelcina. Tanto el padre Leopoldo Mandic (1866-1942), capuchino de origen croata, como el padre Pío de Pietrelcina (1887-1968), capuchino italiano, dedicaron toda su vida al confesionario en Padua y san Giovanni Rotondo, donde miles de personas encontraban en su trato el testimonio privilegiado del perdón y de la misericordia. Las urnas con las reliquias llegaron a Roma el 3 de febrero y fueron expuestas para la veneración de los fieles en la basílica de san Lorenzo Extramuros, en la iglesia jubilar de san Salvador en Lauro y en la basílica de San Pedro hasta el 11 de febrero en que, después de una celebración eucarística de acción de gracias, volvieron a sus respectivos lugares de origen.

Por otro lado, coincidiendo con la celebración del miércoles de ceniza, el Santo Padre hizo entrega a los «Misioneros de la Misericordia» del mandato de anunciar la belleza de la misericordia de Dios y ser confesores humildes y pacientes. Estos «Misioneros» son más de mil sacerdotes provenientes de todos los continentes, nombrados exclusivamente por el Papa, que durante este año han recibido la autoridad de perdonar los pecados que están reservados a la Sede Apostólica, siendo testigos privilegiados del carácter extraordinario del evento jubilar. Con esta iniciativa, el Papa ha querido hacer patente la solicitud materna

de la Iglesia por el Pueblo de Dios para que éste entre en profundidad en la riqueza de este misterio tan fundamental para la fe.

Próxima canonización de José Luís Sánchez del Río

EL pasado 21 de enero el Papa Francisco autorizaba la promulgación de diferentes decretos, entre los que figuraba la declaración de martirio del siervo de Dios Jenaro Fueyo Castañón, sacerdote diocesano, y tres compañeros laicos asesinados por odio a la fe en 1936, así como la aprobación del milagro que abre las puertas a la canonización del mártir mexicano José Luís Sánchez del Río (1913-1928), niño cristero torturado y asesinado durante la persecución religiosa de Plutarco Elías Calles mientras rezaba y gritaba ¡vivas! a Cristo Rey y a la Virgen de Guadalupe.

El milagro atribuido a la intercesión de «Joselito», beatificado en 2005, tuvo lugar en el estado mexicano de Aguascalientes. Con poco más de un mes de vida, Ximena Guadalupe Magallón Gálvez fue ingresada en el hospital Santa María de Sahuayo (Michoacán) por problemas respiratorios en octubre de 2008. Tras diversos reconocimientos, los médicos le diagnosticaron meningitis. Trasladada a Aguascalientes, le hicieron una broncoscopia y descubrieron que Ximena tenía el pulmón derecho lleno de líquido. Sin embargo, los tratamientos a que fue sometida no lograban mejorar su salud y ante la gravedad de la situación sus padres decidieron bautizarla.

Tras someterse a una delicada operación pulmonar, el análisis del tejido pulmonar mostró la presencia de tuberculosis. El bebé fue sometido de nuevo a terapia intensiva pero sin resultado positivo alguno. La situación continuó empeorando hasta que Ximena quedó en estado vegetativo, dándole los doctores un máximo de 72 horas de vida ya que su cerebro estaba prácticamente muerto. «Fuimos a misa todos los días -relata su madre- para pedirle a Dios y a Joselito que intercediera por mi bebe, que me hicieran el milagro. Antes de desconectarla, pedí que me dejaran estar con ella; la abraza y la desconectaron. En ese momento puse a mi bebé en manos de Dios y la intercesión de Joselito y entonces abrió sus ojos y me sonrió; miró a los doctores y empezó a reírse con ellos».

Los médicos «no podían explicar lo que había pa-

sado». Le hicieron una tomografía y un encefalograma, descubriendo con sorpresa que su cerebro estaba prácticamente recuperado. Al día siguiente volvieron a examinarla y ya estaba totalmente sana, no quedando a día de hoy secuela alguna del infarto cerebral que sufrió.

Ecós de Vietnam

EL número de turistas en Vietnam no para de aumentar (92.500 visitantes en 1988; 1,5 millones en 1996; 7,5 millones en 2013; 45 millones en 2015), convirtiendo al sector turístico del país en una pieza fundamental de su economía, con un peso en el PIB superior al 4%. Con el fin de potenciar aún más este sector en alza, el gobierno, dominado por el partido comunista, impulsó en 2011 un Plan Estratégico con vistas a alcanzar los sesenta millones de visitantes en 2020, elevando la facturación del sector por encima de los 18-19 mil millones de dólares al año. Entre las políticas previstas en dicho plan se encuentra la ampliación de la gama de oferta turística, para lo cual el régimen comunista de Hanói no ha dudado en expropiar numerosos templos, tanto budistas como cristianos.

Sin embargo, como comenta Javier Lozano en *Actual.com*, un pequeño grupo de monjas de la orden de las Amantes de la Santa Cruz se han convertido en un símbolo de resistencia frente a la dictadura comunista que gobierna con mano de hierro desde hace 40 años y hace de Vietnam uno de los países donde se persigue a los cristianos de manera más dura. Su convento, situado en el barrio de Thu Thiem de la ciudad Ho Chi Minh (antigua Saigón), lleva ya varios años en el punto de mira de las autoridades vietnamitas pero aún no han logrado vencerlas. Y es que las monjas han logrado unir a las distintas profesiones religiosas y comunidades del país en la defensa de la libertad religiosa, denunciando ante la opinión pública la arbitrariedad del gobierno. En uno de los últimos intentos de derribar el convento y su escuela, miles de personas (incluidos budistas, protestantes y fieles de religiones tribales) acudieron al lugar para impedirlo, logrando que el gobierno suspendiera su actuación.

Las hermanas Amantes de la Santa Cruz son una orden femenina fundada por el misionero francés Pierre Lambert de la Motte en el año 1671, cuando era vicario apostólico de la Conchinchina. Fue la primera orden nacida en Asia y cuenta actualmente con más de cuatro mil religiosas repartidas principalmente en 24 comunidades de Vietnam así como en Laos, Tailandia y Estados Unidos. Su principal dedicación es el cuidado y ayuda de enfermos, mujeres y niños, especialmente los marginados por la sociedad, trabajo

con el que se han ganado el respeto, la admiración y el cariño de todo el pueblo. «La Congregación ha trabajado con niños y personas de la comunidad realizando actividades espirituales, caritativas y sociales -afirmaba el Consejo Interreligioso- y ha traído muchos beneficios culturales y éticos a las generaciones más jóvenes y a la gente que vive en la comunidad».

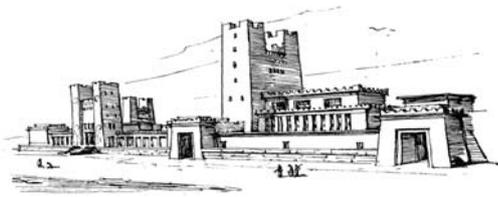
51º Congreso Eucarístico Internacional

POR segunda vez en la historia de los Congresos Eucarísticos Internacionales y después de casi 80 años, la Iglesia filipina ha celebrado el 51º Congreso Eucarístico Internacional que ha tenido lugar en Cebú, isla situada al sureste de Manila y cuna del cristianismo en Asia.

El 24 de enero el legado papal, Mons. Maung Bo, arzobispo de Rangún, inauguraba en una multitudinaria eucaristía un congreso eucarístico que ha reunido a cientos de miles de fieles bajo el lema «Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria» para reflexionar y rezar en torno a la Eucaristía como fuente y culmen de la misión de la Iglesia.

Entre los actos que han tenido lugar durante el congreso podemos destacar la misa de los niños, donde más de cuatro mil infantes recibieron la primera comunión. La ceremonia fue presidida por el cardenal emérito Vidal, quien había recibido su primera comunión en el anterior congreso eucarístico de Manila en 1937. Sin embargo, el momento culminante del congreso fue la procesión eucarística que reunió a dos millones de personas en las calles de Cebú y ya es considerada como la más grande de la historia. Los peregrinos abarrotaron los cinco kilómetros del recorrido portando velas encendidas en una fiesta de luz, fe, amor y esperanza en torno a Cristo Eucaristía.

El 31 de enero, en la ceremonia de clausura del congreso, Mons. José Palma, arzobispo de Cebú, afirmó que los participantes en el evento «revivimos ahora la bella experiencia de los dos discípulos de Emaús». Tras encontrar a Cristo en la Eucaristía, «estamos convencidos de que el Espíritu Santo nos envía a proclamar la historia de Jesús. Este congreso es como el encuentro de los primeros discípulos cuando con alegría compartían historias de cómo encontraron el Señor resucitado en la escritura y en el partir el Pan». Tras su mensaje, el cardenal Maung Bo presidió la eucaristía «Statio Orbis», donde expresó su esperanza en el testimonio católico de Filipinas y destacó su misión evangelizadora, especialmente en la familia. Para finalizar, se presentó un video-mensaje enviado por el Papa Francisco en el que recordó que la santa misa «cambia los corazones» y anunció la celebración del próximo Congreso Eucarístico Internacional en Budapest (Hungría) el año 2020.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Suiza frente al islam

SUIZA no acostumbra a aparecer en el primer plano de la actualidad política, más interesada en organizar su situación interna que en involucrarse en conflictos más allá de sus fronteras. Orgullosos de su independencia y autogobierno, los suizos tienen una enraizada tradición de frecuentes referéndums y ya han demostrado en diversas ocasiones que no se dejan condicionar fácilmente por las consignas políticamente correctas. Una situación que contrasta intensamente con las declaraciones y el actuar de la mayoría de dirigentes europeos, en muchas ocasiones más pendientes de no desviarse de las consignas impartidas desde los grandes medios que de proteger los intereses de sus votantes. Ventajas de aplicar una democracia directa a pequeña escala. Una de las últimas noticias que nos llegan desde la Confederación Helvética es la aprobación de una ley que prohíbe el burka en el cantón del Ticino. La ley es el resultado de un referéndum en el que el 65,4% de los votantes apoyó la prohibición de la disimulación del rostro en los espacios públicos, con la excepción de que la ley obligue a ello, como por ejemplo la obligación de llevar casco si uno viaja en moto. En realidad, no se trata de una ley propiamente anti-burka, sino de una ley que prohíbe velarse el rostro en público, sea con un burka, con un pasamontañas, o con cualquier otro objeto, aunque ciertamente afecta al velo integral islámico y probablemente sin la aparición de éste la ley no se hubiera ni planteado. Ahora son cada vez más quienes abogan por extender la norma a toda Suiza. La agencia Ticinonews recogía este sentir a través de las declaraciones de distintos líderes de opinión que afirmaban que «en un país libre se expresa la opinión propia sin ocultar el rostro, como una persona libre, cara a cara». Y otro diario, el Tages Anzeiger, ha apoyado la ley añadiendo que no se debe permitir ninguna excepción para los turistas (se refieren a los turistas de países árabes que visitan Suiza para comprar productos de lujo). Estas declaraciones se inscriben en un contexto en el que la población musulmana en Suiza se ha multiplicado por cinco desde 1980, alcanzando las 400.000 personas en un país de 8 millones de habitantes. Esta nueva realidad está provocando tensiones, especialmente por las iniciativas políticas que los musul-

manes promueven: en 2011 los representantes de la comunidad islámica suiza pidieron al gobierno que retirasen la tradicional cruz griega de su bandera al juzgarla discriminatoria respecto a las otras religiones no cristianas. Los suizos, lejos de amedrentarse, están apostando claramente por no ceder a las pretensiones musulmanas. En 2009 votaron a favor de una ley que prohibía construir nuevos minaretes y ahora prohíben *de facto* el uso del burka en espacios públicos. Parece que los suizos han entendido algo que por aquí nos cuesta comprender: el islam no es sólo una religión, sino una comunidad política expansiva para la que cualquier cesión es vista como una muestra de debilidad y que, cuando consigue el peso demográfico que lo hace viable, no duda en imponer sus criterios sin respeto alguno hacia los no musulmanes.

Hace un año de los asesinatos en la redacción de Charlie Hebdo

HA pasado ya un año del terrible atentado contra la redacción del semanario satírico francés *Charlie Hebdo*. En aquel momento todo el mundo era Charlie, según la consigna que se lanzó poco después de perpetrarse los asesinatos. Algunos, pocos y arriesgándose a que les cayera encima un chaparrón de insultos, se atrevieron a decir que no, que ellos no eran Charlie, que aun condenando tajantemente las acciones injustificables de los terroristas, no podemos aceptar el insulto, la blasfemia, como quintaesencia de nuestra civilización. La portada de *Charlie Hebdo* conmemorativa del aniversario de la masacre zanja el debate: cuando la respuesta a los asesinatos cometidos por islamistas es acusar al Dios de los cristianos de ser un asesino no hay mucho más que decir sobre estos sectarios monomaníacos. O sí. Es lo que hace el librito que, bajo la dirección de Philippe Maxence, ha publicado *L'Homme Nouveau* recogiendo los artículos publicados en el semanario católico sobre el tema Charlie. El título lo deja claro: «Frente a la fiebre Charlie. Los católicos responden». Del libro, rico en aportaciones, destacamos algunas especialmente orientadoras: «La libertad de expresión y la libertad de prensa no son el derecho a insultar, a despreciar,

a blasfemar, a pisotear, a burlarse de la fe o de los valores de tus conciudadanos... El insulto es una violencia». (Pasquin) «Los medios de comunicación y la publicidad han reemplazado a la religión como autoridad espiritual: ellos dictan a la mayor parte de nuestros contemporáneos en Occidente qué deben creer, esperar y amar». (Didier Rance) «Los lugares en los que ha habido mayor número de manifestantes tras el eslogan "Yo soy Charlie" son las antiguas regiones más fuertemente católicas... Se puede hablar de "católicos zombies" a este respecto, es decir, de reflejos religiosos que perviven aún en las antiguas poblaciones mayoritariamente católicas pero hoy en día completamente esterilizados por la modernidad tardía en la que viven». (Philippe Maxence). «La identificación de Francia con el semanario satírico no es solamente escandalosa, sino también contraproducente en la medida en que confirma a muchos musulmanes en su pésima visión de la Francia actual». (Thibaud Collin). «Cortar cabezas por las calles y enarbolarlas entre los hurras de las masas fue, ya desde antes de la guillotina, una de las marcas identificativas de 1789... Saint-Just en 1794: "lo que constituye una República es la destrucción total de aquello que se le opone" [...] Incluso si, a día de hoy, la cultura política hace inimaginable una destrucción física de los rebeldes, esta lógica fundadora de exclusión se mantiene viva y motriz. La vemos cotidianamente. Las fatwas del sistema son morales, mediáticas, judiciales». (Xavier Martin). «Nada hay más artificial que un gran miedo colectivo en el que se mezclan el deseo apa-

sionado de los hijos de Mayo del 68 de conservar su modo de vida libertario y un sentimiento popular de incertidumbre sobre el mañana, sordamente hostil a una presencia pesante del Islam, y todo en un clima de espontaneidad evocando Egipto o Ucrania... La hegemonía de los libertarios no tiene nada que ver con la nación, solo importa a sus ojos la preservación de un estilo de vida fundado sobre el rechazo lleno de odio de los valores tradicionales. La idea de comunidad les resulta un horror». (Bernard Dumont). «La Ilustración posee su propio tipo de violencia mesiánica, su propio deseo de reconstruir el mundo a su imagen. La idea de que las ideologías y las instituciones etiquetadas como "religiosas" estarían particularmente sujetas a la violencia, al contrario que las ideologías e instituciones "laicas", que no lo estarían, es sencillamente falsa. Lo cierto es que las personas tratan todo tipo de cosas como "dioses" por los que están prestos a matar: el dinero, las banderas, la libertad, la nación, el petróleo, etc.» (William Cavanaugh). «El islam, al rechazar toda crítica, provoca intrínsecamente el islamismo, la anarquía de Charlie, al rechazar la trascendencia y la autoridad, provoca la dictadura: esto está ya en Platón. Como la naturaleza tiene horror al vacío, eso que Benedicto XVI llamó la dictadura del relativismo en nuestra sociedad secularizada provoca o bien el totalitarismo ateo de un nuevo comunismo a lo Orwell, o bien el totalitarismo teocrático del islamismo. Ésta es la aporía de nuestro mundo moderno de la que no se puede salir si no es por la propuesta cristiana». (Jean-Michel Beausant).

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Febrero

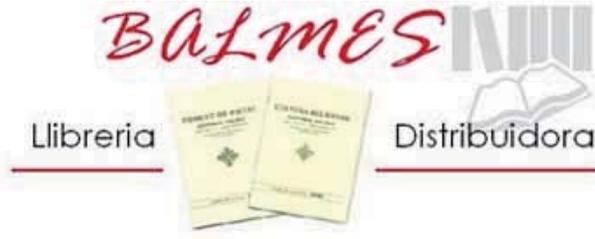
Universal: Que cuidemos de la creación, recibida como un don que hay que cultivar y proteger para las generaciones futuras.

Por la evangelización: Para que aumente la oportunidad de diálogo y encuentro entre la fe cristiana y los pueblos de Asia.

Marzo

Universal: Para que las familias en dificultad reciban el apoyo necesario y los niños puedan crecer en ambientes sanos y serenos.

Por la evangelización: Que los cristianos discriminados o perseguidos a causa de su fe, se mantengan firmes en las pruebas guardando la fidelidad al Evangelio, gracias a la oración incesante de toda la Iglesia.



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

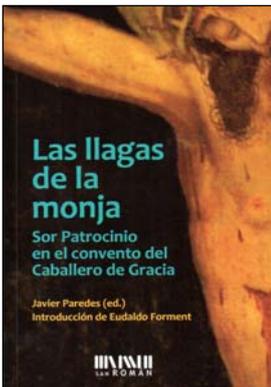
SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patristica, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras.

Este mes recomendamos:

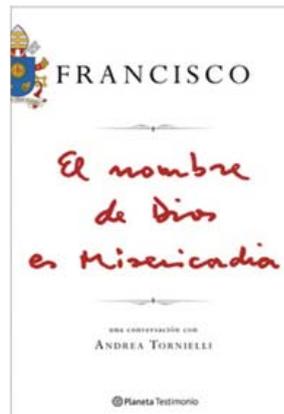


Las llagas de una monja. Sor Patrocinio en el convento del Caballero de Gracia (1829-1835)

Autor: Paredes, Javier
Editorial: San Román
336 páginas
Precio: 19 €

En este libro se describe el ambiente familiar y social de la infancia de sor Patrocinio y sus primeros años como monja, concretamente los que transcurren en el convento del Caballero de Gracia entre los años de 1829 a 1835. Frente a quienes han tildado a Sor Patrocinio de impostora

este libro acepta el reto y desvela la gran dimensión humana y espiritual de Sor Patrocinio.

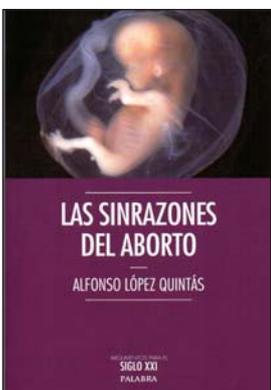


El nombre de Dios es Misericordia.

Autor: Papa Francisco
Editorial: Planeta
150 páginas
Precio: 17,00 €

El libro entrevista al santo padre Francisco ha sido escrito por el periodista italiano Andrea Tornielli. Francisco presenta el corazón de su pontificado, la misericordia, y dialoga para explicar, con su lenguaje característico, sencillo y directo, el gran mensaje del Año Santo extraordinario. El Pontífice habla de su experiencia personal de sacerdote y de pastor y se dirige a

todas las personas, también a las más alejadas de la Iglesia.



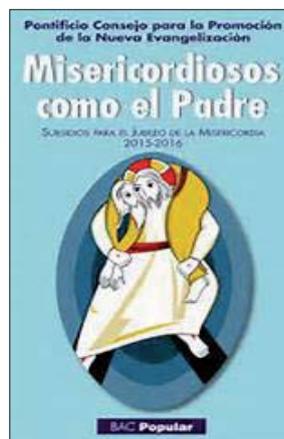
Las sinrazones del aborto

Autor: López Quintás, Alfonso
Editorial: Palabra
144 páginas
Precio: 12,00 €

Este libro tiene una función clarificadora. Delata los fallos metodológicos que se cometen en la defensa de las prácticas abortistas, en las reclamaciones ambiguas de libertad y dignidad, en el uso táctico que se hace de los términos «talismán», aptos para vencer sin convencer...

Hablar de «derecho al aborto» supone desquiciar el recto orden de la mente y entregarnos al caos del

pensamiento arbitrario. Se fundamenta ese supuesto derecho en el deber de la sociedad de conceder a las mujeres «libertad para decidir».



Misericordiosos como el Padre. Subsidios para el Jubileo de la Misericordia 2015-2016

Autor: Gil-Tamayo, Juan Antonio
Editorial: BAC
544 páginas
Precio: 24,00 €

Los ocho subsidios que componen los capítulos de este libro están pensados para hacernos penetrar en las dimensiones esenciales de este Año de la Misericordia. Cada subsidio va precedido por una breve presentación de Mons. Rino Fisichella, que da su lugar y su orientación a los diversos temas. Se trata de

instrumentos que podrán ser fácilmente utilizados en la catequesis, en la *lectio* y en la oración.

La calidad de la fe no es una condición esencial del consentimiento matrimonial

La familia y la Iglesia, en ámbitos diversos contribuyen a acompañar al ser humano hacia el fin de su existencia. Y lo hacen sin duda con las enseñanzas que transmiten, pero también con su propia naturaleza como una comunidad de amor y vida. Si la familia puede decirse «Iglesia doméstica», la Iglesia se aplica correctamente el título de «familia de Dios»... Y debido a que es madre y maestra, la Iglesia sabe que, entre los cristianos, algunos tienen una fe fuerte, formada por la caridad, fortalecida por una buena catequesis y alimentada por la oración y la vida sacramental, mientras que otros tienen una fe débil, descuidada, no formada, poco educada, u olvidada.

Se debe reafirmar claramente que la calidad de la fe no es una condición esencial del consentimiento matrimonial, el cual, de acuerdo con la doctrina de siempre, puede ser válido solamente a nivel natural. De hecho, el *habitus fidei* se infunde en el momento del bautismo y sigue teniendo un misterioso influjo en el alma, incluso cuando la fe no se haya desarrollado y psicológicamente parezca estar ausente. No es raro que los novios, empujados al verdadero matrimonio por el *instinctus naturae*, en el momento de la celebración tengan un conocimiento limitado de la plenitud del plan de Dios, y sólo después, en la vida familiar, descubran todo lo que Dios, Creador

y Redentor ha establecido para ellos. Las deficiencias de formación en la fe y también el error relativo a la unidad, la indisolubilidad y la dignidad sacramental del matrimonio vician el consentimiento matrimonial solamente si determinan la voluntad. Precisamente por eso los errores que afectan a la naturaleza sacramental del matrimonio deben sopesarse con mucha atención.

La Iglesia, por tanto, con renovado sentido de la responsabilidad sigue proponiendo el matrimonio, en sus elementos esenciales –prole, bien de los cónyuges, unidad, indisolubilidad, sacramentalidad– no como un ideal para unos pocos, a pesar de los modelos modernos centrados en lo efímero y lo transitorio, sino como una realidad que, en la gracia de Cristo, pueden vivir todos los fieles bautizados.



Los esponsales, escuela castellana (s. XVI)

FRANCISCO: audiencia con los miembros del Tribunal Apostólico de la Rota Romana (23/1/2016)